el pensamiento socialista chileno

Carlos Altamirano

Secretario General del
Partido Socialista de Chile

INFORME DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO AL PLENO EXTRAORDINARIO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Argel, marzo de 1978.

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO. CON MOTIVO DE LA CONMEMORACION DEL 45 ANIVERSARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Ciudad de México, 13 de Mayo de 1978.

INFORME DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO AL PLENO EXTRAORDINARIO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Argel, marzo de 1978.

En Enero de 1971, el Partido celebró -en Chile- su último Congreso General Ordinario. El marco histórico en que emergía la nueva Dirección era por cierto auspicioso. Por primera vez, en Chile y América, un militante Socialista, elegido por sufragio universal, ocupaba la Presidencia de la República.

Aquella Dirección tomaba sobre sí la formidable responsabilidad de intentar la transición al socialismo, a través de una vía política institucional nunca antes intentada. Posteriormente, el desenlace sangriento de la experiencia revolucionariá le reservaría una tarea tanto o más difícil: la de absorber la arremetida desvastadora de la dictadura, reorganizar las estructuras partidarias seriamente desarticuladas y hacerlas aptas para encabezar la resistencia al fascismo.

De hecho, el mandato del Comité Central elegido en La Serena se ha prolongado durante siete años. Es algo más que un tiempo largo. Y, sin dudas, el período de la historia nacional más rico en vivencias creadoras y dramáticas. El más luminoso y el más oscuro. En él se concentraron la movilización generosa y esperanzada de las masas proyectadas a la conquista de una sociedad superior y la regresión implacable de las clases dominantes, empecinadas en preservar sus privilegios.

Los requerimientos estatutarios debieron ceder ante la exigencia inapelable de los hechos. Al prolongar su mandato, la Dirección que en este Evento deberá cesar en sus funciones asumió un deber superior ineludible. Fuimos Dirección, y lo somos hasta hoy, por el imperio de circunstancias superiores que no han permitido promover un reemplazo estatutario necesario.

Ausente hasta hoy la alternativa de convocar a un Congreso que asegure una efectiva y democrática participación de las bases, corresponderá a este Pleno asumir legítimamente las funciones de aquel. Por lo demás, es el único organismo en aptitud para hacerlo.

En estas circunstancias, tanto los miembros en ejercicio del Comité Central elegidos en La Serena, como los representantes de la Dirección Inte-

rior aquí reunidos, son la única expresión real y posible de la soberanía partidaria.

Tenemos el deber ineludible de asegurar la continuidad histórica de la legalidad partidaria.

En consecuencia, la Dirección, que nosotros procederemos a elegir será la Dirección única y legítima del Partido Socialista de Chile.

Este es el compromiso fundamental que inspira la convocatoria a este Pleno Extraordinario.

A mi juicio, deberá ser ésta también la ocasión para reafirmar el pensamiento que el Partido ha venido elaborando con creciente y casi sorprendente coincidencia, dentro y fuera del país. La Línea Política aprobada en el Pleno de La Habana, en Abril de 1975, se ha enriquecido con aportes valiosos, orientados todos en sus líneas medulares a salvaguardar la identidad histórico-político del socialista chileno, a reafirmar su resuelta voluntad de autonomía y a diseñar los grandes trazos de una propuesta socialista para Chile. Ella se proyecta -en primer lugar- en las conclusiones de los Plenos celebrados por la Dirección Interior en Agosto de 1976 y en Abril de 1977; en "Cuestiones Cardinales de Definición Política y Orgánica", aprobadas por el Secretariado Exterior en Septiembre de 1976; y en las proposiciones planteadas por el Secretario General en el "Mensaje a los Socialistas del Interior de Chile", en junio pasado.

Se ha estructurado así, en tiempos y latitudes muy diversas, un pensamiento extraordinariamente coincidente frente a los grandes interrogantes a que deberá responder una línea política para el socialismo chileno, en un período próximo. Los avatares de la lucha antifascista nos están entregando un caudal inapreciable de pensamientos y de acción: conciencia revolucionaria, experiencia clandestina, trabajo orgánico, hábitos y métodos de lucha, que hasta ayer nos eran desconocidos. Se está gestando, dentro y fuera del país, una importante promoción de cuadros, tanto a través de la capacitación sistemática a que la solidaridad internacional nos ha dado acceso, como en la lucha diaria contra el fascismo en Chile. En síntesis, se está moldeando un capital humano que nos permitirá construir una poderosa y eficiente vanguardia revolucionaria, una auténtica fuerza dirigente del pueblo de Chile.

Camaradas del Pleno:

En Noviembre del año pasado, en la reunión que sostuvimos con miembros de la Dirección Interior del Partido, entregamos criterios y apreciaciones diversas en relación con los problemas existentes entre la Dirección Interior y Exterior. En esa oportunidad señalé, una vez más, mi voluntad de no postu-

lar nuevamente a la Secretaría General por el período que este Pleno inaugurará. Ahora deseo reiterar esta misma decisión para evitar cualquier suspicacia o calificación anticipada de intenciones sobre nuestros juicios. Además, porque es ésta la ocasión de plantear con extrema y fraternal franqueza, todos y cada uno de los problemas que afectan la vida del Partido.

CUENTA

No es mi intención entregar, en esta ocasión, una cuenta pormenorizada y cronológica sobre la actividad desarrollada por el Comité Central que me ha tocado presidir durante el período transcurrido entre Enero de 1971 y Febrero de 1978.

La gloriosa experiencia revolucionaria que tuviera como protagonista a la Unidad Popular y al Pueblo de Chile, bajo la Presidencia de Salvador Allende, ha sido objeto de un intenso debate que, ciertamente, no se ha agotado. La Dirección Interior del Partido entregó una opinión en el documento "Al Calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria", emitido en el mes de Marzo de 1974, tan sólo cinco meses después del golpe fascista.

Al cumplirse un año del derrocamiento del Gobierno Popular, en Septiembre de 1974, di a conocer mis criterios frente a la interpretación que me merecía ese relevante período histórico, en el artículo titulado "Reflexiones Críticas sobre el Proceso Revolucionario chileno". Posteriormente, tuve la oportunidad de efectuar un nuevo planteamiento en mi informe al Pleno del Comité Central celebrado en Abril de 1975, en La Habana, con participación de la Dirección Interior del Partido. El Pleno no se pronunció en definitiva sobre esa parte del informe, entendiendo que no podía ni debía adoptar un criterio "oficial" sobre un tema que continuaría siendo, por largo tiempo, objeto de estudios y análisis de la mayor trascendencia.

En Mayo de 1977 fue publicado el libro "Dialéctica de una Derrota", entregada a impresión en Agosto de 1976, en el que, in extenso, he expresado mis puntos de vista sobre las causas de nuestra derrota.

En consecuencia, aprovecharé esta ocasión no para reiterar lo ya escrito y dicho, sino tan sólo para insistir sobre algunos aspectos esenciales que servirán de fundamento a las nuevas definiciones políticas.

En cuanto a las tareas realizadas en el exterior entre el 11 de Septiembre de 1973 y hoy, de las que por lo demás se ha informado oportunamente en documentos, informativos y circulares partidarias, deseo aquí tan sólo sistematizar los criterios básicos y centrales, políticos y orgánicos, que han servido de pauta de orientación de nuestro trabajo. Durante estos cuatro años hemos tratado de asumir, con particular coherencia, honestidad y fran-

queza, los criterios centrales que expondremos a continuación.

El balance de lo ocurrido entre 1973 y 1978 en el interior del país, y la actual situación del Partido en Chile, será entregado por los Compañeros miembros de la Dirección Interior que concurren a este Pleno.

EL PARTIDO SOCIALISTA Y EL GOBIERNO POPULAR

En el Informe que entregamos al Pleno de La Habana, en Abril de 1975, ensayamos un juicio crítico y autocrítico del quehacer del Partido y de su Dirección en èl período comprendido entre el ascenso y la caída del Gobierno Popular.

Cuando celebramos aquella reunión la experiencia revolucionaria era todavía historia fresca y, quizás si por ello, fácilmente distorisionable. Indisimuladamente se vinculaba la derrota a errores que directa o indirectamente eran atribuidos al Partido Socialista.

Sin contarse aún con una perspectiva histórica adecuada y sin la serenidad necesaria para liberar el análisis de interferencias personales y subjetivas, diversas interpretaciones se orientaron más a ratificar juicios y posiciones pre-establecidos que a profundizar objetivamente en la compleja maraña de los factores que incidieron en la derrota del movimiento popular.

En el transcurso de estos últimos cuatro años, innumerables dirigentes y cientistas políticas de todas las latitudes, combatientes revolucionarios de diversas orientaciones, han intentado dar una respuesta objetiva, real y coherente a los interrogantes fundamentales planteados por la singular experiencia que protagonizamos entre 1970 y 1973. A esta altura del tiempo existen elementos de juicio suficientes como para separar lo accesorio de lo principal en la urdiembre de hechos y acontecimientos que convergieron en el desastre revolucionario y en el golpe fascista.

Tenemos la obligación de precisar -una vez más- la entidad y naturaleza de los errores que efectivamente nos son imputables para elaborar así, libre de prejuicios o juicios equivocados, una correcta línea política y asumir con propiedad nuestra condición de fuerza dirigente y vanguardia revolucionaria de la Nación Chilena.

CRITICA Y AUTOCRITICA DEL PASADO

Más allá de la necesidad de evaluar el papel que el Partido jugó en el Gobierno Popular - lo que por lo demás ya hemos hecho en numerosos documentos -, quiero insistir, en esta oportunidad, sólo en algunos aspectos centrales que explican nuestro fracaso. Ellos dicen relación con dos temas básicos:

a. Carencia de una estrategia de poder, y
b. Insuficiente valoración del rol de los factores super estructurales en la sociedad chilena.

El Problema del Poder

El movimiento popular careció de una estrategia de poder. No tenía una política militar propiamente tal ni había elaborado un plan de defensa del proceso revolucionario y del gobierno constitucional.

Lejos de ello, y a la luz de toda una larga tradición histórica y de exitosos avances iniciales, se fue generando una confianza creciente en la factibilidad de un camino que no había madurado ni en la teoría revolucionaria, ni menos en la práctica política, por el cual avanzábamos -sin embargo- en acto temerario de improvisación. Una línea estratégica apenas esbozada, expresión más de un deseo que de una concepción meditada, terminó por adquirir una suerte de consistencia teórica y científica: la vía no armada, pacífica o política-institucional.

A este respecto cabe agregar que el pensamiento de los partidos obreros chilenos se había bifurcado, en el curso de las dos últimas décadas, en la aceptación ya sea de la "vía pacífica" o bien de la "vía armada", como caminos de acceso al poder. Ambas alternativas, concebidas como excluyentes, carecieron de un desarrollo teórico-político riguroso. Su aceptación o rechazo se hizo sobre la base de análisis que hoy tendríamos que calificar de primarios o elementales, de la imitación de otras experiencias, de elaboraciones ajenas y, en parte también, de intuiciones políticas expresadas en una suerte de "sentido común revolucionario".

Ello no fue suficiente, en ninguno de los dos casos, para elaborar concepciones acabadas, maduras, basados en el convencimiento real y profundo de las grandes masas atraídas por el movimiento popular y que dieran cuenta, satisfactoriamente, de los complejos interrogantes y coyunturas creados por la dinámica revolucionaria liberada por el proceso transformador.

Así tomó cuerpo la más definitoria y generalizada desviación del proceso, desviación de carácter reformista basada en una idealización fetichista de la flexibilidad de la democracia liberal burguesa para posibilitar y coadyuvar a la transformación de las estructuras socio-económicas básicas y de las relaciones de poder. Esta actividad estuvo asociada, en planos más específicos, a la negación del principio marxista acerca de los límites objetivos de la presunta vocación "legalista" y "democrática" de las clases dominantes; a la incomprensión del carácter contradictorio, es cierto, pero con fuertes determinaciones de clase de las instituciones del Estado, y a la perduración y racionalización del mito histórico sobre el "profesionalismo" y el "apoliti-

cismo" de nuestras Fuerzas Armadas.

Es cierto que, en general, el Partido Socialista tuvo una visión estratégica más realista del problema. Creíamos y seguimos creyendo que la organización institucional chilena, en modo alguno ajena a las luchas heroicas y prolongadas de nuestro pueblo, tuvo aptitudes para reglamentar y admitir, no sin conflicto, procesos parciales de transformación socio-económica y política. Pero jamás hasta el punto en que dichas transformaciones, por su profundidad e intencionalidad, llegaran a cuestionar las bases materiales y políticas del orden social en que dicho ordenamiento jurídico descansaba.

Todas las declaraciones, documentos y apreciaciones partidarias elaboradas en el curso de los años anteriores al ascenso del movimiento popular y los más apremiantes formulados durante el Gobierno de Salvador Allende, reafirmaban una y otra vez una concepción estratégica basada esencialmente en la previsión de la ruptura revolucionaria del sistema de dominación y alertaba sobre la ingenuidad de seguir insistiendo en un camino que la contrarevolución hacía intransitable.

Sin embargo, una vez más los aciertos estratégicos del socialismo chileno se estrellaban con su incapacidad para llevar adelante una práctica consecuente con sus análisis y previsiones teóricas. Su debilidad orgánica, su falta de homogeneidad, la insuficiente formación de sus cuadros, no superada al calor de la experiencia revolucionaria, le impidieron implementar, por sí solo, una concepción que el desenlace de los acontecimientos confirmaría trágicamente.

Insuficiente ponderación de los factores superestructurales

En la praxis del Partido Socialista, así como de la izquierda en general, hubo una acusada subestimación del rol decisivo que juegan los factores superestructurales en un proceso transformador. En nuestra opinión ello respondió, de una parte, a una percepción mecanicista de las relaciones funcionales entre estructura económica y superestructura política, ideológica e institucional. En nuestro caso específico agravadas, además, por la prevalencia de concepciones esquemáticas acerca de la vía armada de acceso al poder. En la medida en que "el asalto al poder" solucionaba por la fuerza los problemas relativos al dominio de la "conciencia social", la preocupación en torno a éstos resultaba relativamente superflua.

Estas insuficiencias, que se proyectaron tanto en la acción política como en la elaboración teórica, marcaron en gran medida el trasfondo de la experiencia revolucionaria de los años 70 al 73.

Sólo en el esfuerzo por hacer avanzar el proceso fuimos comprendiendo cuán sólidos, tenaces y resistentes eran los factores ideológicos-culturales

e institucionales. El desenlace terminaría por demostrarnos, en primer lugar, que el mundo de las ideas, mediaciones y representaciones colectivas goza, respecto de la estructura, de una autonomía mayor y más amplia de lo que una asimilación dogmática de la teoría y la práctica social revolucionaria nos había enseñado.

La burguesía y el imperialismo concentraron la defensa de su status en la fortaleza del bloque ideológico-cultural que habían venido consolidando a lo largo de siglo y medio de historia republicana. Allí se parapetaron y desde allí iniciaron su contraofensiva, en definitiva victoriosa: en las instituciones del Estado, en el dominio de los instrumentos de comunicación de masas, en la educación, en la manipulación inteligente de los valores, motivaciones y temores de las capas medias.

En definitiva, una de las causas fundamentales de la derrota residió en nuestra notoria incapacidad para responder correctamente al inmenso desafío que nos planteaba la sólida consistencia del universo de valores que, en conjunto, constituyen el sistema burgués-imperialista de hegemonía.

El Gobierno Popular concentró su esfuerzo de análisis y de movilización en el área de las transformaciones estructurales de la economía, entendiendo que mientras mayor fuera allí el avance, más irreversible sería el proceso.

Ello era en gran medida inevitable y correcto. Pero, en ausencia de claras ventajas iniciales en la correlación de fuerzas sociales y políticas y en previsión de la agudización del conflicto institucional -incluido básicamente el militar-, ello exigía desde muy temprano una acción meditada, enérgica y hábil en el orden superestructural, sin lo cual la línea central de la estrategia -las transformaciones estructurales-económicas- corrían serio peligro.

Indudablemente, la más relevante demostración de la magnitud de esta insuficiencia teórica estaba determinada por la ausencia de una política correcta hacia las capas medias. Frente a ellas el movimiento popular y, en especial el Partido Socialista, mantuvieron en general una actitud dogmática, ignorando el peso específico que ellas tienen en sociedades como la nuestra. Nunca nos interesamos por asumir la complejidad de su peculiar sistema ideológico que, siendo distinto de la burguesía está, sin embargo, poderosamente influído por él.

De diferentes maneras se intentó garantizarles que las transformaciones proyectadas no afectarían sus intereses corporativas. Esta fué una forma restringida y economicista de intentar una alianza con los sectores medios. Intento que, amén de tardío, se basaba en el supuesto de que la magnitud y persistencia de su apoyo estaría en relación más o menos directa con la magnitud de los beneficios materiales percibidos.

Esa política ignoraba los mecanismos ideológicos que dificultaban y distorsionaban considerablemente su comprensión -con cuánta mayor razón su adhesión- a un proceso de cambio radical.

Esta es una de las más relevantes lecciones de la derrota popular. Todo empeño por atraer a los sectores medios estará condenado al fracaso a no ser que se erosione la consistencia del "sistema hegemónico" que las atrapa. Más que excitar su egoísmo y satisfacer sus aspiraciones materiales, debemos tratar de integrarlas a un proyecto de vida distinto al que están subordinadas. Tarea ésta de largo aliento, que debe estar en el centro de cualquier propuesta política que aspire seriamente a construir el socialismo.

En relación con las insuficiencias teóricas que acabamos de mencionar, dos debilidades en nuestro discurso ideológico-político se destacaron con singular nitidez y deben constituir, por tanto, temas de altísima prioridad en nuestra reflexión actual: por una parte, la ausencia de una concepción coherente sobre las relaciones entre socialismo y democracia; por otra, una evaluación del papel y contenido de instituciones superestructurales tan significativas como la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

La existencia en Chile de lo que podríamos denominar una "situación democrática", fué valorada por la izquierda como un hecho natural, casi como un "dato de la causa". Permitimos así que en la lucha ideológica pasara prácticamente desapercibido el rol fundamental que al movimiento popular le había correspondido en la instauración y perfecionamiento de las instituciones democráticas.

El avance y extensión logrados en el desarrollo del sistema democrático- representativo chileno fueron -sin lugar a dudas- fruto de la acción de las fuerzas transformadoras, y muy en especial, consecuencia de nuestro propio empeño. Sin embargo, la insuficiente valoración de nuestra propia historia, y de las heroicas luchas de la clase obrera y los campesinos nos llevó, en una u otra forma, a confundir la crítica a la democracia burguesa con el menosprecio a la existencia de formas democráticas de organización social en general.

La democracia, en el capitalismo, indudablemente genera una notoria falta de correspondencia entre la situación de los individuos en cuanto objetos de las relaciones de producción y en cuanto ciudadanos, titulares de derechos políticos formalmente expresados en el ordenamiento jurídico. Como productores, la enorme mayoría de la población se encuentra en situación de abierta desigualdad frente a la ínfima minoría, constituida por las clases dominantes. Como ciudadanos, en cambio, disfrutan de un estatuto de aparente igualdad. Es este elemento el que otorga a la democracia burguesa el carácter de "democracia formal". Ello no significa, sin embargo, que su formulismo sea absoluto y que, por el hecho de ser "formal",

esté completamente vacía de contenido.

La mejor prueba de esta afirmación lo entrega la propia historia, la nuestra entre otras: son las clases dominantes, las que invariablemente han destruido la democracia, cuando ésta ha colocado en peligro el sistema. Son las clases explotadoras las que han avasallado sistemáticamente la democracia en América Latina y, a partir de 1973, en Chile.

Los elementos de formulismo que caracterizan la limitada democracia burguesa no invalidan el concepto mismo de democracia. La democracia no es un lujo al que sólo tienen derecho las sociedades industrializadas altamente desarrolladas. En la gran mayoría de los casos, el empeño democrático, la lucha por las libertades fundamentales, es una bandera irrenunciable en la lucha de los pueblos de todo el mundo por su independencia, el progreso y por una vida mejor.

En nuestro continente, la gloriosa Revolución Cubana desarrolló la primera etapa de su lucha sustentando banderas democráticas, lo que permitió a sus líderes y organizaciones dirigentes fundar la hegemonía que hasta hoy detentan en la sociedad. De esta manera, a nuestro juicio es errado sostener que sólo en las sociedades avanzadas, con largas tradiciones políticas e institucionales, el problema de la democracia es fundamental, mientras que en las sociedades subdesarrolladas o en proceso de desarrollo los problemas girarían en torno al imperativo de satisfacer las necesidades materiales más esenciales. Hasta hoy, la verdad es que no existe democracia en casi ningún país del llamado Tercer Mundo. Postulamos, sin embargo, que tanto en las sociedades ricas como en las sociedades pobres el avance al socialismo está ligado a la profundización de nuevas formas de convivencia democrática.

Ciertamente, la gran mayoría coincidirá en enfatizar las diferencias en las situaciones históricas entre una democracia parlamentaria europea, expresión de un país económicamente avanzado, y las formas políticas de un país africano, atrasado y pobre, sin tradiciones civiles y con instituciones extraordinariamente precarias y concordará, por lo tanto, en que las formas de la democracia, el curso de su desarrollo y ampliación, deberán ser diversas en uno y otro lugar. No obstante, cuando abandonamos los casos extremos y nos adentramos en el análisis de sociedades latinoamericanas, el análisis se torna más complejo. Dentro de ellas existen, por cierto, diferencias no despreciables. Algunas se acercan a los casos extremos de pobreza material e inmadurez institucional. Otras en cambio, -la chilena entre ellas-, se aproximan más a sociedades del tipo de las de Europa Mediterránea.

¿Cómo deberá plantearse en los países semi-industrializados de América Latina el problema de la democracia? Es éste un tema sobre el que creo indispensablemente provocar una seria reflexión. Por de pronto es indudable

que un país como el nuestro está muy lejos de asemejarse a una nación que recien rompe sus ataduras coloniales, con niveles educacionales bajísimos, con una estructura económica apenas incipiente. Pero, por otra parte, tampoco es asimilable, lisa y llanamente, a una sociedad europea avanzada. Existen en nuestro continente -y Chile no escapa a ellos- contrastes extremos, enormes masas marginadas y agudas contradicciones de clase, que no es posible superar mediante la acción de "Un Estado de Bienestar" apoyado en un desarrollo capitalista autónomo de tipo europeo.

Por todo ello, no es posible asimilar nuestra situación a la de una sociedad del occidente europeo, ni transplantar de allí, mecánicamente, líneas de acción política y de propuesta social. La profundización de la democracia hasta hacerla integral y completa, y el avance hacia el socialismo que constituye su marco y requisito, constituyen en Chile tareas que requieren un esfuerzo teórico y político de gran profundidad.

A la incorrecta apreciación mencionada, unimos una insuficiente comprensión del fenómeno religioso, de indudable trascendencia en la sociedad chilena y, como ya lo hemos expresado, de la cuestión militar.

La vida política chilena no alcanzó a despojarse de la carga polémica heredada del siglo XIX y de los comienzos del siglo XX, proveniente del enfrentamiento de los sectores laicos con una Iglesia parapetada tras posiciones integralistas. En mayor a menor medida, los partidos de la clase trabajadora fueron herederos naturales del laicismo masónico, que constituyera un elemento importante en la problemática ideológica de la sociedad chilena durante tantos años. Por otra parte, la Iglesia no podía escapar a un fenómeno similar, visualizando a la izquierda como una amenaza a la fe religiosa y a su propia seguridad institucional.

Los fenómenos políticos de los últimos años -la histórica victoria de la Unidad Popular y su acción de gobierno y, posteriormente, el entronizamiento del fascismo -marcaron un punto de inflexión en la actitud cristiana frente al acontecer social. Dicha toma de conciencia, gestada lentamente en los años anteriores, germinó allí y ha continuado en un proceso de enorme trascendencia. Ese proceso - la sensibilización de las masas cristianas ante la problemática social y la tendencia a comprometerse con opciones de mayor justicia social - tendrá un significado cualitativamente diverso sólo si somos capaces de superar los prejuicios del pasado y de actuar en conformidad a una política de principios, impregnada de modestia y honestidad, que contribuya a ampliar los horizontes de la conciencia cristiana, ofreciendo vías de realización a sus ideales humanistas.

Por razones diversas, de origen muy variado, nuestra actitud del pasado estuvo también impregnada de connotaciones "antimilitaristas". La justificación de ellas debe concentrarse, en esencia, en el rol objetivo que

en el contexto continental han jugado los ejércitos, como también en el esquema de nuestras coordenadas teóricas. Todo ello nos llevó, prácticamente, a renunciar a un espacio político esencial de acción en el plano de la cuestión militar. Envueltos en un círculo del que no supimos desprendernos a tiempo, nuestra actitud permitió alimentar aquellos elementos que, directa o indirectamente, estimulaban el progresivo distanciamiento entre nuestro ideario y el de los hombres de armas transformado hoy, por designio del imperialismo y la burguesía, en una doctrina, en una ideología totalizadora, en una concepción aberrante del Estado y de la Sociedad.

Hechos estos breves alcances sobre las lecciones del pasado, nos referiremos a continuación a los criterios anteriormente mencionados, que han orientado y presidido nuestro quehacer en el exterior en estos cuatro años.

CRITERIO UNO.

El Socialismo Chileno es una fuerza política históricamente vigente, con validez y perspectivas propias.

Desde el momento en que nos incorporamos a las tareas de la resistencia en el exterior, atribuimos especial preocupación a la necesidad de vertebrar un pensamiento que salvaguardará la vigencia histórica del Partido y preservara de las contingencias del exilio, la autonomía política y conceptual que le dio vigorosa presencia en las luchas populares y revolucionarias de Chile y de América Latina.

El 1° de Enero de 1974, cuando recién abandonábamos el país, fijamos en La Habana, ante corresponsales de prensa de todo el mundo, las líneas gruesas de un proyecto político adecuado a la nueva realidad generada por la irrupción fascista.

Las posiciones enunciadas en aquella entrevista fueron posteriormente desarrolladas en diversos documentos e intervenciones públicas. En Agosto de 1974 escribimos en Belgrado el artículo "Reflexiones Críticas sobre el proceso Revolucionario chileno", cuyo objetivo central fue salir al paso de concepciones que, dentro y fuera del Partido, cuestionaban su vigencia histórica y pretendían descargar sobre él la responsabilidad de la derrota.

En dos extensas cartas dirigidas al Compañero Exequiel Ponce (Septiembre y Diciembre de 1974), junto con formular los planteamientos generales anteriormente señalados, rechazamos "Es pretensión de mediatizar los postulados doctrinarios e ideológicos del Partido y de desconocer su aporte específico, propio o insustituible en la hora presente al proceso revolucionario chileno y mundial", pretensión implícita en el documento de Marzo de 1974, de la Dirección Interior.

En particular cabe destacar la significación que, en la maduración del pensamiento político del socialismo chileno, tuvo el Pleno de La Habana, de Abril de 1975. El constituyó un salto cualitativo en la formulación de un proyecto de línea política sobre la cual fundamentar nuestras decisiones tácticas e identificar nuestros objetivos estratégicos en la presente fase histórica. Imposible sería desconocer que después de la derrota de 1973 y hasta el Pleno de La Habana, nuestro Partido carecía de una orientación política central.

Hasta ese instante sólo existían análisis parciales, tales como el documento de Marzo de 1974 de la Dirección Interior que, como sabemos, era fuertemente resistido por los militantes de dentro y fuera del país.

Las mismas proposiciones anteriores fueron reinteradas en un extenso documento dirigido al Secretariado Exterior, en Septiembre de 1976, titulado "Cuestiones Primordiales de Definición Política y Orgánica", y en forma mucho más elaborada, en el "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile", de Junio del pasado año. En todos los documentos referidos existe una consecuencia fundamental, una idéntica línea política, una misma respuesta a los problemas del Partido y a los que en el plano estratégico y táctico se plantean en la lucha por la reconstrucción democrática, la liberación nacional y el socialismo.

En Agosto del año antepasado (1975), entró en prensa el libro "Dialéctica de una Derrota". Sin falsa modestia, creo que él constituyó un intento serio por enfocar globalmente la experiencia revolucionaria de los años 1970 a 1973, y el de las luchas venideras, desde una perspectiva objetiva, unitaria y auténticamente socialista. Sus preposiciones condensan un pensamiento político que expresa - a mi juicio - el sentir de la abrumadora mayoría de nuestros militantes, excepción hecha - por cierto - del izquierdismo maximalista y del oportunismo de derecha. Ese libro fue escrito no para satisfacer inquietudes literarias sino para cumplir una exigencia política: la de dar a conocer al mundo, desde una perspectiva socialista, no sólo una experiencia que había conmovido a la humanidad entera, sino también destacar la significación del socialismo chileno como fuerza política, autónoma, popular, democrática y revolucionaria, enraizada en nuestra realidad nacional y continental; reivindicar su vigencia en las luchas del presente y el valor de su aporte teórico-político al debate siempre abierto en procura de una respuesta totalizadora a los problemas de Chile y de América.

Es un alegato, si se quiere apasionado, en defensa del Partido. Una exhibición descarnada y fría de sus vicios, de sus debilidades e insuficiencias, a la vez que un reconocimiento de sus grandes aciertos y virtudes. A través de sus páginas, intentamos demostrar cómo los grandes problemas de la temática revolucionaria de nuestros días - tanto en América como de Europa fueron creativamente anticipados por el socialismo chileno. Reivindicamos el carácter dinámico del marxismo, la necesidad de aplicarlo, no como un

dogma hibernizado y seco sino como un instrumento de permanente creación revolucionaria. Destacamos el enorme significado de que el Partido Socialista hubiera elegido, desde sus inicios, el camino difícil de la autonomía y al mismo tiempo se hubiera esforzado por valorar y comprender las experiencias revolucionarias de otros pueblos.

El mismo pensamiento, la misma continuidad en el esfuerzo de afirmación partidaria, ha sido expresado por el Secretario General en los más relevantes foros de las organizaciones democráticas; progresistas y revolucionarias del mundo. Hemos concurrido a más de una veintena de Congresos de Partidos Comunistas, Socialistas y Social-Demócratas de Europa y de Organizaciones políticas de países No Alineados. Hemos llevado la voz del Partido a eventos solidarios de la más alta jerarquía. Hemos participado en foros universitarios, en seminarios de variada naturaleza, en tribunas interparlamentarias y en innumerables conferencias de prensa. Hemos sostenido un fructífero intercambio de opiniones con gobernantes y con figuras del mundo político e intelectual. Hemos sido escuchados en importantes autitorios políticos de América, Africa y del Viejo Continente y nunca la posición de nuestros interlocutores nos forzó a acomodos oportunistas o complacientes.

Por cierto, no han escapado a nuestra preocupación las consecuencias deformantes que el exilio puede tener, sobre todo en el plano ideológico, sobre una base militante tan ampliamente diseminada por el mundo. Sin embargo, podemos afirmar con satisfacción que el grueso de nuestros camaradas, su abrumadora mayoría, han enfrentado con entereza y con un alto grado de conciencia política y compromiso patriótico las influencias negativas de los diversos medios en que les ha correspondido actuar. En razón de ello podemos asegurar que, a pesar del exilio, nuestra organización no ha perdido su carácter de Partido Revolucionario de la clase obrera, profundamente nacional y de irrenunciable vocación latinoamericanista.

El Partido - estamos convencidos - no asumirá las posiciones de los partidos social-demócratas europeos, como tampoco renunciará a su identidad histórica, adoptando concepciones que caracterizan a algunos partidos comunistas.

Si hemos sostenido y afirmado insistentemente la vigencia histórica del Partido, lo hemos hecho porque detrás de esta insistencia se oculta una problemática compleja, que resulta imposible reducir a un mero sentimiento de fidelidad institucional o a una apasionada voluntad de autoafirmación.

Más que probablemente la mayoría de los socialistas estaremos de acuerdo en reconocer la importancia crucial del papel que el Partido ha jugado y deberá seguir jugando en la vida nacional. El consenso tiende a desdibujarse, sin embargo, a la hora de explicar las razones de ese papel, predo-

minando enfoques más o menos parciales, que van desde los marcadamente emotivos hasta los que consideran la vigencia y presencia del socialismo chileno casi como una inevitabilidad histórica.

Creemos que no es ésta una cuestión accesoria. Estimamos, por el contrario, que la reflexión sistemática y crítica en torno a nuestros orígenes y a nuestra persistencia - única en América Latina - puede iluminar aspectos importantes de nuestra trayectoria y de nuestra acción, no con propósitos de análisis sociológicos o historiográfico, sino para apreciar los elementos trascendentes de la misma y evaluar con realismo las diferencias entre lo que hemos sido y somos y lo que decimos o queremos ser. No es ésto una cuestión desprevista de urgencia. La meditación sobre el carácter del Partido, su estilo de trabajo y conducción, su imágen social (que, forzoso es reconocer, excede con mucho el ámbito de lo puramente orgánico) posee importancia decisiva para el logro de nuestros objetivos.

Dicho esto, podemos afirmar que en la base de nuestra vigencia histórica y de nuestra presencia social es posible identificar factores diversos, que no se hallan en estado puro e inmutable, sino en permanente y dialéctica interacción.

Ya en los orígenes partidarios, tantas veces destacados, podemos visualizar esa imbricación de elementos objetivos y subjetivos, esa articulación eficaz de la exigencia social y política del momento, con la capacidad de interpretación y representación de las tendencias históricas de la sociedad chilena, de sus intereses y contradicciones de clase, del sentir popular y nacional, unida a una clara voluntad de conducción y de poder.

A nuestro juicio, estos factores de vigencia no poseen una actualidad siempre asegurada. Con tanta mayor razón cuando las condiciones del combate revisten una dureza extrema o cuando la magnitud de los reveses experimentados lleva a militantes de nuestras propias filas a posiciones que, de una u otra manera, tienden a menoscabar - por acción u omisión - el significado del Partido como factor decisivo en la resolución de la crisis nacional.

Rescatar, enriquecer y actualizar esa dialéctica primigenia; comprender que no obstante la objetividad de ciertos factores, lo decisivo termina siendo la aptitud para conformar una verdadera identidad política, a la vez que profundamente nacional decididamente internacionalista; para interpretar, representar y conducir a la clase obrera y sectores mayoritarios del Pueblo, resurgiendo sus aspiraciones y necesidades más profundas; para ofrecer alternativas originales y realistas a los graves problemas del Pueblo y de la Nación, con fe en el hombre y su destino. He aquí las razones últimas de nuestra vigencia y de nuestra presencia.

Esta es nuestra profunda convicción. Son precisamente, estas " singularidades " las que garantizan su rol conductor en el proceso transformador.

Son estas individualidades, estos rasgos especificos, los que nos dieron presencia en el Chile de ayer y las que nos aseguran un rol protagónico en el Chile de mañana. Son todas ellas,en su conjunto, las que garantizan su vigencia histórica.

Porque hemos creído y seguimos creyendo con fe profunda en el destino del Partido Socialista, es que hemos defendido los valores específicos de su realidad histórica su empeño por superar debilidades e insuficiencias ideológicas y sobre todo orgánicas, y por reformularse como eficiente vanguardia proletaria y popular, sólida y creadoramente fundamentada en las grandes ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, Hemos respondido con oportunidad y firmeza a toda pretensión, interna o externa, de imputarle responsabilidades desmedidas. Pero tampoco hemos eludido, como partido y como dirigentes, una justa y dura autocrítica, tal vez la más exigente y descarnada que se haya observado en todos los partidos de la izquierda.

Al mismo tiempo, hemos rechazado toda pretensión de liquidacionismo partidario, reivindicando las enormes posibilidades de nuestras auténticas posiciones. Hemos sostenido y sostenemos que la unidad de un poderoso movimiento popular pasa invariablemente por la Unidad del Partido Socialista. Hemos sostenido y sostenemos que el Partido Socialista debe cautelar, sin concesión alguna, la unidad de la clase obrera y del pueblo.

Debemos reforzar — en consecuencia — la esencia histórica del mensaje socialista: revolucionario, liberador y democrático.

CRITERIO DOS.

El Partido debe entregar su propia Propuesta Socialista para Chile.

A continuación expondré - a riesgo de repetir formulaciones ya avanzadas en documentos anteriores - las líneas generales de lo que hemos venido en denominar una "Propuesta Socialista para Chile".

La longitud inhabitual de esta parte expositiva en una cuenta de nuestra gestión ante este Pleno Extraordinario, tiene una justificación doble: creemos que es ésta una ocasión la suficientemente importante como para ofrecer una visita panorámica del esfuerzo realizado en un dominio tan importante como es el de nuestra teoría política; pero además, y con absoluta modestia, porque creemos haber hecho una contribución a quienes deban sucedernos y al Partido en su conjunto que, por cierto, no estamos sometiendo para su aprobación a rechazo hoy, sino que ofrecemos para que sea recogida como una pauta de referencia, como un esbozo todavia demasiado general y preli-

minar, pero de esencial coherencia, a objeto de dar vida a un diálogo orgánico y fecundo sobre los problemas actuales y futuros de la Revolución Nacional por la Democracia, la Liberación y el Socialismo.

En el mes de Junio pasado dirigí un Mensaje a los militantes del Partido en el Interior, por intermedio de la Dirección en Chile. En este documento expuse las ideas básicas, los conceptos medulares de lo que podría ser una propuesta socialista para Chile.

Para la formulación correcta de esta propuesta pensamos es imprescindible dar una más sólida fundamentación teórica y de clase a nuestros análisis y a nuestra acción. Estimamos si, que esta fundamentación debe ser producto de una asimilación activa y creadora de las premisas filosóficas y científicas del marxismo y del leninismo, y no de un mero intento de erudición o repetición. El camino hacia el dominio del espíritu y del método de la dialéctica materialista, la vía hacia el conocimiento de un marxismo - leninismo vivo y dinámico es, ciertamente, el de la interpretación y confrontación de la praxis revolucionaria con la crítica teórica en su doble aspiral ascendente. Los logros que el Partido puede exhibir, con legítimo orgullo, en el desarrollo del pensamiento y la práctica revolucionaria, en especial en los últimos veinte años, son importantes. La marcha hacia la hegemonía, en nuestro Partido, de las concepciones científicas y de clase del proletariado, no ha empezado ciertamente hoy. Ahí están para demostrarlo las grandes intuiciones y elaboraciones teóricas del socialismo chileno en relación a problemas cardinales de la época contemporánea nacional y continental: el fenómeno del stalinismo; el carácter estratégico de la revolución chilena y latinoamericana; la afirmación de la diversidad de vías y formas en la transición y construcción del socialismo; la necesidad de la plena autonomía de los partidos revolucionarios; la incapacidad de las burguesías en las sociedades capitalistas dependientes para encabezar procesos autónomos verdaderamente democráticas y anti-imperialistas; la necesidad de una política de alianzas correcta orientada a asegurar la Unidad del Pueblo y la hegemonía de la clase obrera; el papel de la violencia en la resolución del poder.

Indudablemente, las previsiones y formulaciones del Partido Socialista en torno a ésta y a otras cuestiones, no han sido siempre resultados de una actividad sistemática y orgánica. Pero, sin duda, constituyen expresiones claras de un ejercicio autónomo y creador del marxismo-leninismo. En otros términos podemos decir que, no sin accidentes, el desarrollo del Partido como vanguardia revolucionaria ha estado acompañado por la cristalización paulatina de un cuerpo doctrinal, teórico y político, que ha ido expresando irreversiblemente la primacía de las concepciones de la clase obrera en las filas del socialismo.

Hechas estas breves acotaciones debo, a riesgo de parecer reiterativa, enfatizar algunas de las proposiciones contenidas en el documento de Junio,

para su más cabal comprensión:

1. No en vano hemos insistido en que la elaboración de una estrategia política revolucionaria requiere como requisito esencial partir de la realidad concreta. Estudiar Chile es nuestro primer deber. Conocer la realidad y detectar las tendencias que surgen en nuestra América Latina, ser capaces de evaluar correctamente la situación internacional en que nuestra acción tiene lugar, son también partes de ese deber.

Un primer punto del que debemos partir es la consideración de que nuestra continente latinoamericano posee su propia "singularidad nacional". Estos rasgos específicos inciden, de una u otra forma, en la línea estratégica que debemos diseñar.

América Latina está conformada por un conjunto de países que constituyen formaciones sociales de "capitalismo dependiente" con grados distintos de desarrollo, en contraste con la gran mayoría de las naciones europeas occidentales, donde el capitalismo está en su fase más avanzada. Una primera consecuencia de este hecho, extraída por nuestro Partido ya hace años cuando enunciara la línea del "Frente de Trabajadores", es la constatación de la incapacidad de nuestras burguesías para impulsar un proyecto nacional propio que culmine una etapa del desarrollo nacional; la etapa democrática-burguesa. Mientras en las sociedades de capitalismo avanzado las burguesías constituyen propiamente una clase nacional, en nuestras sociedades ellas no logran aspirar a otro rol que no sea el de aliados subsidiarios del imperialismo, al cual deben asociarse para explotar y dominar al resto de las clases y capas subordinadas.

El capitalismo dependiente genera así una estructura de clase diversa de aquella que surge en el capitalismo avanzado. No sólo las burguesías son distintas en sus potencialidades y proyectos, sino que también las otras clases de la sociedad tienen magnitudes y roles diferentes. Los desniveles en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas existentes en las sociedades de capitalismo avanzado y en las de capitalismo dependiente, genera también diferencias de gran trascendencia. Las contradicciones de clase en una u otra formación social se expresan en un marco sustancialmente distinto. En unas, las de capitalismo avanzado, dichas contradicciones se dan en el contexto del estado de bienestar de las masas, sustentado en niveles de ingreso por habitante de varios miles de dólares por año, siendo en las nuestras notablemente inferiores. Mientras en las primeras la lucha de clases se expresa en la aspiración a un mayor consumo, al perfeccionamiento de las instituciones democráticas, al mejoramiento de la ya elevada calidad de la vida, en las sociedades dependientes la aspiración de enormes masas humanas explotadas, ignorantes y miserables, es pura y simplemente a sobrevivir, a lograr la satisfacción de sus necesidades y derechos más elementales. En estas condiciones, la violencia institucionalizada es la respuesta recurrente de las clases dominan-

tes a tan legítimas aspiraciones, tendiendo a revestir formas cada vez más autoritarias e inhumanas.

Ello genera una contraviolencia latente, implícita en la difícil convivencia social, dramáticamente justificada por las condiciones objetivas de vida, que pasa a ocupar un rol protagónico en la expresión política de los intereses de las clases. Este fenómeno genera una permanente inestabilidad social y política, una constante incertidumbre de vida para los pobres y para los ricos. Para aquéllos, porque la miseria extrema llega a amenazar su propia existencia; para los últimos porque, opulentos en medio de tanta miseria, no pueden sino temer que la justa rebeldía de los oprimidos ponga algún día fin a sus irritantes privilegios.

El correlato institucional de esta situación económico-social es la existencia de estados con una sobrecarga de autoritarismo, cuando no -como lo demuestra el mapa político de hoy- bárbaramente represivos y de características fascistas. Mientras la difusión del bienestar en las sociedades avanzadas permite al Estado ser no sólo expresión de coerción sino, también y principalmentè, de hegemonía sobre el conjunto social, en las sociedades dependientes, marcadas por el signo trágico de la pobreza y la explotación, el elemento de coerción, el factor fuerza tiende a ser, si no exclusivo, predominante.

En las sociedades avanzadas, la madurez económica abre importantes perspectivas a nuevos tipos de organización social. Realizado ya en alto grado de acumulación de capital, con un elevado desarrollo tecnológico y científico, con superiores niveles de calificación laboral y profesional, esas sociedades están en condiciones de mejorar rápida y sustancialmente el nivel de vida del conjunto de su población.

En sociedades como las nuestras, las condiciones son diversas. El raquitismo de nuestras economías limita seriamente las posibilidades de que una organización social más justa pueda garantizar de inmediato un mejoramiento generalizado y sensible del bienestar material. La provisión de bienes esenciales para la mayoría del pueblo, que hoy habita en condiciones miserables, afecta en una u otra medida los niveles de vida de estratos receptores de ingresos originados en la plusvalía. De allí que la constitución de un amplio consenso popular, mayoritario, que incluya a las capas medias, implique enormes dificultades.

En esa tarea deberemos poner el acento en crear valores nuevos más que en promesas de carácter material; en la satisfacción de aspiraciones sociales y culturales; en la persecución de grandes objetivos que enaltezcan la soberanía y dignidad de la nación y permitan definir patrones de vida distintos.

Por otra parte, América Latina posee un indeseable "privilegio": es la única zona del mundo explotado en que el "solo" dominador directo es

la principal potencia hegemónica imperialista. En otros continentes o zonas del mundo el dominio imperialista es ejercido a través de intermediarios, de subcentros imperialistas que, en muchos casos, han prolongado la dominación que ejercitaron durante el período colonial. Ello marca también una diferencia entre nuestra situación y la de otros países dependientes de Africa a Asia. Para las naciones latinoamericanas la tarea liberadora es de por sí muy difícil pues implica enfrentarse, sin ningún tipo de intermediación, con el gigante imperialista; implica librar la lucha en un área geográfica y económica que el imperialismo norteamericano, por razones geopolíticas y económicas, considera su "coto de caza", su zona infranqueable, su entorno propio y natural.

Estos, entre muchos otros, son los condicionantes estructurales que la situación geográfica de nuestros países nos impone considerar. En el caso de Chile, como lo hemos expresado en otros documentos, existe una evidente falta de correspondencia entre estructura y superestructura. Ello otorga a Chile su propia especificidad, dentro de la singularidad latinoamericana, que transforma la tarea de diseñar una política revolucionaria en una tarea más compleja de la que imaginamos en el pasado.

Sin embargo, centrar nuestro análisis tan sólo en las características superestructurales de nuestra sociedad, en la complejidad de su sociedad civil, en las tradiciones institucionales que fué capaz de crear, en la existencia de grandes organizaciones políticas de masas, significaría ignorar todos los rasgos que, a pesar de ello, siguen haciendo de Chile una sociedad de capitalismo dependiente, pobre y explotada. Ello nos llevaría a una absorción inadecuada de la experiencia contenporánea del movimiento obrero europeo que, enfrentado a su propia realidad específica, diversa de la nuestra, ha ido elaborando proposiciones estratégicas que se nutren de sus propias condicionantes históricas. Tal es el caso de concepciones y prácticas políticas que, con diversos matices, han desarrollado en los años recientes los más grandes partidos comunistas del occidente europeo, generalmente denominados "euro-comunistas". Nuestra obligación frente a este nuevo fenómeno es tratar de comprender cabalmente su origen y su sentido, analizar su contenido y experiencias, pero con la óptica de nuestra propia crítica; teniendo presente, como elemento primordial, que su surgimiento y desarrollo -para no hablar de su viabilidad- se insertan en condiciones históricamente diferentes a las de nuestro país y a las de nuestro continente.

Por otra parte, las importantes diferencias entre la realidad latinoamericana y europea, anteriormente señaladas, tienen también incidencia directa sobre la viabilidad histórica de un proyecto reformista de corte socialdemócrata para la sociedad chilena. Ya en el "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile" tuve oportunidad de extenderme sobre este tema. Valga aquí reiterar que a nuestro juicio, un proyecto de este carácter -además de estar lejos de lo que constituye nuestra fundamental inspiración doctrinaria-

no corresponde a la realidad nacional ni continental.

DE aquí que el esfuerzo del imperialismo norteamericano y de la Social Democracia alemana, por crear y fortalecer grandes partidos socialdemócratas, semejantes o del tipo de las de Europa Occidental, no resolverá la aguda y profunda crisis continental.

2. El Partido Socialista no oculta que aspira al Socialismo.

Esta aspiración, en las actuales circunstancias, dista más que nunca de ser un mero postulado doctrinario o previsión histórica, para revestir un carácter de necesaria orientación programática.

La crisis orgánica de la sociedad chilena es la crisis del capitalismo dependiente en nuestro país. El gran capital nacional e internacional podrá diferir por algún tiempo la resolución de dicha crisis, pero sólo al precio de tornar más imperioso el abandono definitivo de la vía capitalista de desarrollo.

Nuestra certidumbre acerca de la pertinencia y factibilidad histórica del socialismo en Chile y América Latina no nos conduce, sin embargo, a enunciados simplistas o meramente imitativos.

Por ello, es condición fundamental del proyecto político del socialismo chileno que el Partido de una respuesta coherente a ciertos problemas estratégicos fundamentales, apuntando a la definición de una estrategia de construcción socialista. La experiencia ha demostrado que, en el complejo contexto de la realidad nacional y continental, ni el simple recurso de las armas, ni la confianza ciega en el poder de las mayorías electorales, responden a las exigencias del desafío histórico que enfrentamos en Chile y en América Latina.

Por otra parte, un movimiento revolucionario que aspire seriamente al poder debe influir poderosamente en el proceso de generación de valores y representaciones, morales o ideológicas, que intervienen como factores básicos de mediación en las relaciones sociales y políticas entre las clases.

3. El Partido Socialista debe empeñarse prioritariamente en desarrollar su propia fuerza y valorar su significación como vanguardia de la clase obrera y del pueblo, y como centro dinamizador de una vasta coalición popular.

Es esta fuerza, animada por una gran voluntad unitaria y de poder, la que ha de determinar la diferencia entre ser parte integrante y rectora en la implementación de un proyecto político nacional, democrático y de construcción socialista o simple comparsa en un proyecto destinado a legitimar la dependencia y dominación imperialista.

4. La tarea de renovar el Partido y adecuarlo a dichos objetivos, cuenta hoy a su favor no sólo con la extraordinaria experiencia ganada en los 1.000

días del Gobierno Popular y en los 4 años de fascismo sino, además, con el inmenso capital moral que le han legado sus héroes, Salvador Allende el primero entre todos. Su holocausto le ha otorgado al socialismo chileno un patrimonio de prestigio y dignidad reconocido universalmente, que no puede ni debe ser subestimado.

El tiempo histórico de que disponemos para apreciar objetivamente la figura de Salvador Allende no es aún suficiente.

Nuestra contemporaneidad nos limitará siempre para emitir un juicio medular sobre su obra. En buena medida, al referirnos a él nos referimos a un proceso y a un drama social del que hemos sido y seguimos siendo partícipes.

Estamos seguros, sin embargo, que el correr del tiempo y la perspectiva histórica agigantarán aún más su estatura.

Por ahora, podemos afirmar, sin reservas, que su significación para nuestro Partido y para nuestro Pueblo fue y sigue siendo esencial.

Su heroismo sin límites le ha colocado en un lugar que la historia reserva sólo a unos pocos, a los mejores y más esclarecidos.

Los perfiles de su personalidad humana no deben, por otra parte, ser olvidados. No es un misterio para nadie que le conocimos íntimamente y convivimos con él en horas felices y amargas; que concordamos y discrepamos, pero que jamás nuestras discrepancias empañaron una mistad diáfana, en la que su humanidad, su pasión por sus ideas, su amor por la vida, constituyeron para mí un aporte inolvidable.

En consecuencia, su figura, su vida, su acción política, su estatura como gobernante y su condición de revolucionario pertenecen al Partido y al Pueblo, correspondiendo a nosotros el superior deber de promover un máximo esfuerzo por exaltarlas. Por de pronto, hemos propuesto instituir la "Orden Salvador Allende" para honrar el ejemplo de los más distinguidos combatientes de nuestra causa.

5. El Partido Socialista debe erigirse en el animador principal de una vasta coalición de fuerzas sociales y políticas, centrada en la Unidad Popular, que inserte la lucha anti-fascista y anti-imperialista en un proyecto estratégico para la transición al socialismo.

El Partido tiene la potencialidad para asumir este papel. Más aún: es la única fuerza de la izquierda que podría aspirar a esta misión. Pero ello es impracticable sin una gran propuesta de transformación social; sin delinear las ideas-fuerzas de una alternativa socialista que permita al pueblo de Chile identificarse con un nuevo y sugerente proyecto de vida futura.

Tratándose de Política de Alianzas resulta imprescindible hacer una referencia a la línea de "Frente de Trabajadores" y a su imbricación con la lucha antifascista.

En casi medio siglo de vida del socialismo chileno ninguna elaboración teórica ha marcado tan profundamente su acción y su identidad política como la línea estratégica de alianzas llamada "Frente de Trabajadores", formulada hace ya más de 20 años.

Por ser suficientemente conocidas las motivaciones históricas y políticas de dicha formulación, esta es, las prácticas de colaboración de clases con la burguesía desarrollista y con el populismo, así como la hipótesis básica que le sirve de sustento: la impotencia de la burguesía nacional para lograr un desarrollo capitalista autónomo, no me extenderé mayormente al respecto.

Mucho más útil y pertinente estimo, en cambio, tratar de profundizar el contenido de dicha orientación estratégica, teniendo presente las circunstancias concretas que enfrentamos y las perspectivas y exigencias de la presente fase histórica.

La justeza de nuestra línea estratégica de alianzas, concebida en los años cincuenta, fue corroborada por los acontecimientos previos a 1970 en sus aspectos esenciales, en tanto quedó demostrado que las vanguardias proletarias estaban en condiciones de disputar, en igualdad de condiciones y desde una perspectiva política revolucionaria, el poder político hasta entonces monopolizado por el bloque dominante. La capacidad de dichas vanguardias para movilizar una vasta coalición de fuerzas sociales y políticas y anunciar un programa de profundas transformaciones democráticas y anti-imperialistas, teniendo como objetivo explícito la transición al socialismo, constituyó, a no dudarlo, una manifestación rotunda del grado de madurez orgánico y político del Movimiento Popular chileno y la superación definitiva de las viejas prácticas colaboracionistas y de subordinación de las fuerzas populares al papel de simple masa de maniobra en el diseño político de las clases dominantes.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que los acontecimientos de aquella época pusieron de manifiesto lo acertado de colocar el énfasis en la autonomía del Movimiento Popular y en su expresión orgánica-política, bajo la forma de un bloque de fuerzas dirigido por la clase obrera.

Sin embargo, dichos logros conllevaban ciertas limitaciones conceptuales que en la práctica del Gobierno Popular y de conducción de la lucha por el poder dejarían de manifiesto la insuficiente maduración de algunos aspectos esenciales de esta línea estratégica. Dichas insuficiencias decían, en lo fundamental, relación con la necesidad de fortalecer sistemáticamente el grado de hegemonía ideológico-cultural del bloque popular sobre las clases

aliadas y la sociedad en su conjunto y de asegurar los requisitos para la ampliación del bloque social transformador.

La situación creada por el fascismo y las exigencias de la lucha por derrocar a la dictadura confieren un carácter perenterio a la discusión de nuestra política de alianzas, situando en el centro de la misma, como cuestión insoslayable, la relación entre la indispensable unidad de acción de las fuerzas democráticas antidictatoriales y la concepción estratégica que exige conformar un poderoso bloque de fuerzas por el socialismo.

A este respecto, siguen pesando las deformaciones y simplificaciones del pasado. Así, para unos, el objetivo histórico del socialismo, como solución estratégica a la crisis de la sociedad chilena, pasa por la reiteración consignista y voluntarista de su contenido más general y abstracto, con desconsideración manifiesta de las consecuencias de la derrota y la irrupción fascista. Para otros, en cambio, ya sea porque no terminan de reconocer la inviabilidad de las soluciones reformistas a la crisis nacional, ya sea porque la magnitud de la derrota y las dificultades considerables de la coyuntura los conduce a postergar indefinidamente la perspectiva socialista y a cuestionar la capacidad de conducción y movilización de las fuerzas populares, la solución pasa por el abandono de la iniciativa ideológica y política a los sectores burgueses democráticos bajo la premisa, más que discutible, de que su primacía es el prerrequisito indispensable para la reconstitución de un clima institucional favorable a la reiniciación del proceso democrático.

En el caso de los primeros, la invocación subjetivista del socialismo tiene como correlato una concepción escapista de la autonomía política del proletariado, reducida a una mera autoafirmación declarativa de independencia que, de hecho, conduce al aislamiento, a la negación, de las alianzas, y por lo mismo, al debilitamiento del bloque popular y a la frustración de la unidad antidictatorial.

En los segundos predomina un realismo pragmático, con un trasfondo de indudable escepticismo en la capacidad para potenciar nuestra propia fuerza. En uno y otro caso aunque, claro está, por razones diferentes, estamos en presencia de concepciones distorsionadas de la autonomía del proletariado, la que no puede ser entendida correctamente fuera del contexto concreto de la lucha de clases, tal cual se da hoy, pero tampoco sin referencia a los objetivos históricos del proletariado.

Me he permitido estas disgresiones, un tanto reiterativas, para intentar perfilar el contenido de las categorías básicas de nuestra concepción de alianzas, y precisar la relación entre los aspectos tácticos y estratégicos de las mismas.

Quedan como proposiciones para la discusión y ulterior profundización las siguientes:

a. El carácter activo y flexible de la autonomía política del Movimiento Popular debe ser interpretado en el contexto de la situación actual, y no como mera consigna abstracta, pero sobre la base de la firme determinación de consolidar nuestra propia fuerza, para llegar así a acuerdos -que estimamos indispensables- desde posiciones de igualdad e independencia con los interlocutores potenciales. Desde luego, la premisa de que no se tiene ni se tendrá la fuerza necesaria para codeterminar las condiciones de posibles acuerdos, constituye la negación de la autonomía y, por lo mismo, un desentimiento a priori de todo rol conductor.

b. En relación con la cuestión central de la actualidad o vigencia de nuestra política de alianzas estratégicas y de sus relaciones con la práctica de alianzas tácticas, ya hemos avanzado algunas orientaciones básicas en el documento referido.

Queda, sin embargo, por dilucidar un aspecto central del problema. Si bien es cierto que en la sociedad chilena siguen vigentes ciertas tendencias estructurales básicas, incluso agravadas por el fascismo, que tienden a extremar la explotación, la dependencia imperialista y la marginalización social, no es menos cierto que el nuevo patrón de la dependencia, impulsado por la dominación irrestricta de los monopolios, tiende objetivamente a producir un reordenamiento dentro y entre las clases y, cosa no menos importante, a alterar seriamente el espectro de las representaciones ideológicas de las mismas.

Estos factores, a no dudarlo, vienen a constituir razones adicionales a las ya conocidas, para conferir importancia crucial a la cuestión de la naturaleza y alcance de las alianzas tácticas, orientadas a maximizar la concentración de fuerzas políticas y sociales contra la dictadura.

En este contexto adquieren especial relieve la capacidad de iniciativa y de imaginación para encontrar formas originales y audaces de organizar y educar a las masas, ejerciendo con lucidez y elasticidad el principio de Unidad y Lucha. Unidad para encauzar y dinamizar la voluntad mayoritaria de la nación contra sus opresores; Lucha para denunciar el oportunismo y los designios de quienes intentan utilizar una vez más el pueblo como masa de de maniobra para la reformulación de la dependencia.

La experiencia concreta de la dictadura como régimen político, con sus vesanías sin límites y el sofocamiento de las libertades más elementales, plantea con singular fuerza el problema de las relaciones entre democracia, liberación nacional y socialismo. Por lo mismo, el objetivo de construir una alianza estratégica capaz de materializar "la Unidad de todo el Pueblo", se confunde con el objetivo de luchar por la instauración de formas superiores de democracia, todo ello en el contexto de la lucha por la autodeterminación nacional y la transición a formas socialistas de convivencia humana

Sostenemos que una política de alianzas estratégicas entendida así y, por tanto, desprovista de connotaciones sectarias, pero que al mismo tiempo no esconde sus orientaciones y motivaciones fundamentales, no sólo conserva su vigencia y potencialidad movilizadora sino que en modo alguno es incompatible con la legítima y exigente aspiración de construir la unidad de acción de quienes padecen la opresión fascista. En consecuencia, la profundización de nuestra concepción de alianzas estratégicas va acompañada por la exigencia de perseverar en el estudio de su articulación con la política de alianzas táctico-coyuntural. Los elementos de juicio a tener en cuenta en la fase presente son los siguientes:

I. El objetivo principal del período es la derrota del fascismo. Ningún otro puede disputarle prioridad. Ello está pre-determinado por el hecho total de que hoy es el instrumento más eficiente de perpetuación de la dominación, por su carga represiva, por sus designio de exterminio. Sin la destrucción del fascismo, los objetivos estratégicos del Partido y de la Clase Obrera están muy seriamente limitados.

II. El fascismo ha generado una específica dinámica de contradicciones interburguesas, sobre todo entre los sectores monopólicos y no monopólicos. Nuestro deber como vanguardia es aprovechar y estimular esas contradicciones y definir, en función de ellas, fases tácticas que no suponen olvido ni abandono de las líneas estratégicas centrales.

III. Diversos sectores políticos y sociales convergen en la necesidad de derrocar la dictadura. La alianza estratégica a que aspira la clase obrera no está cuestionada por el hecho de que en una determinada instancia histórica surjan coincidencias con otros sectores en torno a un objetivo concreto.

IV. En términos más directos, una política de acciones comunes con la Democracia Cristiana o la constitución de una "alianza de combate", no colocan en entredicho nuestra línea política. Lejos de ello, las iniciativas que se adopten en tal sentido deben ser percibidas como expresiones de la concreción táctica que adquiere dicha línea en el período. Lejos estoy de desentenderme de las dificultades que convergen en la empresa antifascista. Se trata, por una parte, de no persistir en el viejo lirismo intransigente que nos aisla, contribuyendo a perpetuar la dictadura y, por otra, de no ser arrastrados a posiciones derrotistas que, so pretexto de la magnitud de la tragedia, nos coloque en la pendiente de una política de colaboración de clase.

6. El Partido debe privilegiar la búsqueda de una convergencia con sectores cristianos de avanzada. La experiencia histórica reciente ha puesto en evidencia el importantísimo papel que la instrumentación de clase de los valores cristianos desempeña en la articulación del bloque ideológico burgués-imperialista.

Por otra parte, debemos valorar la resuelta conducta asumida por la Iglesia Católica en defensa de los derechos humanos, en especial la del Cardenal Raúl Silva, y más allá de ello, la actitud de decenas de sacerdotes católicos que pagaron con la tortura, e incluso con la vida, su noble compromiso evangélico. Ello nos está indicando que existe un ancho campo de convergencia entre su misión evangélica y nuestra misión liberadora del hombre y de la sociedad. Un objetivo de esta naturaleza nos exige un gran esfuerzo de creación política, de análisis y estudio de los elementos revolucionarios subyacentes en las posiciones auténticamente cristianas; hacer un diagnóstico objetivo de los cambios que se siguen produciendo al interior de las masas cristianas y de la propia Iglesia Católica; y, por cierto, revisar el sectarismo latente en posiciones que ayer antagonizaron al pensamiento marxista y al pensamiento cristiano.

7. Hoy, como ayer, concedemos importancia principal a la unidad con el Partido Comunista, en tanto ella constituye la piedra fundamental de la unidad de la clase y del pueblo.

Esta unidad ha estado y debe seguir estando basada en los intereses superiores de la clase y en el mutuo y respetuoso ejercicio de la crítica fraterna.

Como decíamos en el "mensaje", debe comprenderse que cada partido, en su especificidad, es esencial para el logro de los objetivos históricos del proletariado y sus aliados, y que mucho más cabe esperar de la interacción dialéctica y ascendente de dichos aportes específicos que de concepciones esquemáticas y sectarias de la unidad y del proceso de convergencia de las fuerzas revolucionarias.

8. Invariablemente hemos reafirmado la vigencia de la Unidad Popular.Ella es la más importante conquista de nuestro pueblo. Es una creación auténticamente chilena y pluralista, reconocida por el mundo como una realidad tangible.

Pero sería inexcusable que no enfrentáramos con sentido autocrítico las debilidades que hoy la limitan. La Unidad Popular debe ser repensada. Los partidos que la integran deben ir considerando las formas de dar expresión orgánica a las importantes áreas de convergencia que existen entre algunos de ellos para, de este modo, ir abriendo paso a la unidad de las fuerzas de la transformación social a un nivel superior.

Por otra parte, las proyecciones políticas de lo que la Unidad Popular representa no pueden ser limitadas a la sola lucha contra la dictadura. Mucho menos puede ella ser concebida como una coalición cuya vigencia y papel deben ser relativizados frente a la hipotética concertación de una alianza con la Democracia Cristiana.

El patrimonio social, intelectual, político y moral que representa debe ser cautelado y desarrollado, para permitirle no sólo asumir un rol decisivo en el esfuerzo por enabezar la lucha antifascista y por la renovación democrática sino, además, para asegurar su transformación en la expresión plena de una vasta alianza de fuerza políticas, sociales e ideológicas, que converjan en la perspectiva del socialismo.

9. Los Partidos de la Clase Obrera, la Unidad Popular en su conjunto, constituyen realidades históricas, son el producto de un rico proceso de maduración social y política. Por esto, así como por las razones anteriormente aducidas, ellos deben implementar una política de alianzas realista y sin complejos con otras fuerza antidicatoriales. Dicha política debe rechazar con la misma decisión tanto las desviaciones sectarias, que no contemplan las nuevas condiciones creadas por el fascismo, como las derrotistas, que no sólo conducen a admitir una participación inevitablemente subsidiaria en cualquier alternativa de alianza sino, incluso, pueden llegar a aceptar el precio de la marginalización política como requisito de viabilidad de un esquema de "democracia restringida" o "democracia viable".

10. Reiteradamente hemos planteado un criterio que coloca el énfasis en la necesidad de estimular una convergencia con la Democracia Cristiana. No creemos, y los hechos lo han demostrado, que esta convergencia debe buscarse por la vía de la simple invocación unitaria y superestructural.

Ella debe materializarse —en escencia— en la práctica de la lucha contra la dictadura, preferentemente en la base social, a través de la confrontación ideológica, y desde posiciones de estricta igualdad.

En consecuencia con lo anterior hemos preconizado una política de alianzas frente a la Democracia Cristiana que, considerando la gravitación de dicho Partido y la importancia de su contingente popular, cierre el paso, con flexibilidad pero con firmeza, a las tentaciones de la Democracia Cristiana de administrar en su provecho la división de las fuerzas antidictatoriales y, eventualmente, de legitimar una "democracia viable" post-fascista, así como las posibles tendencia oportunistas dentro del movimiento popular, que constituyen su correlata. Esto es lo que hemos denominado una política de alianzas antifascista, realista y sin complejos, fundada metodológicamente en el principio leninista de "Unidad y Lucha"; orgánicamente, en el desarrollo de una poderosa fuerza propia; y políticamente, en la actitud de ésta para ofrecer un proyecto de desarrollo nacional y social, alternativo al del fascismo y al del centrismo burgués.

Esta política de unidad y confrontación excluye por iguales al aislacionismo retórico y el conformismo empiricista disfrazado de "realismo político". Por desgracia, no ha sido esta política madura la que siempre ha prevalecido en las formulaciones y actitudes de las fuerzas populares. Por el contra-

rio, a menudo suelen imponerse las opiniones de quienes confunden el espíritu unitario y abierto con el halago complaciente, presto a magnificar lo accesorio y ambiguo en las formulaciones de la Democracia Cristiana y a ignorar sus afanes diversionistas, sus rigideces y prejuicios.

Al proceder así, no desde posiciones de igualdad, sino desde posiciones anticipadamente subordinadas, se va confirmando a la Democracia Cristiana en la justeza de sus previsiones y, por lo mismo, sacrificando las perspectivas de una verdadera política de convergencia antidictatorial con virtualidad transformadora. En este sentido, constituye un ejemplo digno de destacar la respuesta dada por la Dirección Interior —"Unidad y Lucha por un Chile Libre"— a la declaración demócrata cristiana titulada "Una Patria para todos", la que, a nuestro juicio, cumple cabalmente con las exigencias anteriormente referidas.

En las últimas dos décadas ha sido habitual para nustros militantes el enfrentarse políticamente a la Democracia Cristiana. Así ocurrió en las organizaciones sindicales, juveniles, juntas de vecinos, universidades, Congreso Nacional y elecciones municipales, parlamentarias o presidenciales. Coincidió este período de enfrentamiento político con el crecimiento impetuoso de la Democracia Cristiana y con el desarrollo y consolidación de un poderoso Movimiento Popular unitario y democrático, alternativo al proyecto de la burguesía reformista. Simultáneamente, el cuadro político continental había experimenatdo una radical modificación con la Revolución Cubana. El golpe militar brasileño contra el gobierno de Goulart; la puesta en marcha, con gran fanfarria, de la "Alianza para el Progreso", el apoyo imperialista a la denominada "revolución en libertad", impulsada por Frei en 1964, constituyeron los rasgos fundamentales —aparentemente contradictorios— de la respuesta global que los Estados Unidos implementaron frente a la victoria cubana y su profundo impacto en las masas desposeídas latinoamericanas. Se trataba, según el caso, de dos proyectos complementarios: uno caracterizado por su escencia antidemocrática y autoritaria, impuesto como línea de acción general; otro, que ofrecía una alternativa democrática reformadora, destinada a paliar el enorme atractivo que las transformaciones revolucionarias producían en amplios sectores del campesinado, la clase obrera, la juventud y la intelectualidad latinoamericana. El papel protagónico de este último proyecto fue tomado por la Democracia Cristiana Chilena. Así, la izquierda se vio separada por un profundo abismo, entre una Democracia Cristiana que asumía las banderas de una nueva demagogia, reformista, impulsada por el imperialismo, y la de un Movimiento Popular que aspiraba a una transformación radical de la sociedad chilena.

Las circunstancias nos obligaron a ser extremos en nuestros planteamientos. Ello, sin duda, nos impidió tener una visión más objetiva y al mismo tiempo más dialéctica de la Democracia Cristiana. En el hecho sus contradicciones fueron y siguen siendo enormes. Pero, por otra parte, existe una evidencia: la

Democracia Cristiana, como tal, ha desarrollado tradiciones y posturas políticas —no de uno u otro militante, sino del conjunto de ese partido— que la ubican más próxima a posiciones democráticas, progresistas y modernas, que del lado de fuerzas retardatarias o de ideología fascista. Todo ello, independiente de su inexcusable complicidad con el Golpe de Estado, producto más que de su filosofía política de una evaluación históricamente errada de su dirección.

Nuestra posición y nuestra acción deben, no obstante ello, considerar dos hechos básicos. El primero, que la Democracia Cristiana es una realidad en la vida nacional. Es una realidad poderosa con raigambre en amplios sectores de la población y con capacidad de acción política nacional e internacional. Es, por otra parte, una fuerza de que plantea —si bien sólo ahora— una definida postura antidictatorial y se pronuncia categóricamente por el restablecimiento democrático. Segundo: en tales condiciones, la lucha contra el fascismo impone a la Democracia Cristiana —como también a nosotros socialista— responsabilidaes que hacen insoslayable la búsqueda de una "convergencia de combate" entre el Movimiento Popular y el Partido Demócrata Cristiano.

11. La incapacidad del capitalismo dependiente para autosostenerse, la carencia de hegemonía de las clases dominantes latinoamericanas, los inmensos desniveles e injusticias que el sistema genera, son todos factores que en el futuro próximo han de conjugarse para contimuar produciendo regímenes de dominación caracterizados por la prevalencia —sin contrapeso durante un largo período histórico— de formas altamente coercitivas de gobierno, de la militarización de los aparatos del poder político y del apoyo desembozado del gobierno de los Estados Unidos a la sustentación de dichos aparatos. La militarización de nuestros Estados podrá, en períodos breves y determinados, no constituir una forma abierta de ejercicio del poder, si es que las circunstacias específicas de cada país permiten procesos que conduzcan a establecer "democracias restringidas". No obstante, aún en tales casos, la burguesía y el imperialismo no renunciarán a reservar al poder militar un rol potencial sustitutivo como guardianes tutelares del orden establecido.

Hoy más que nunca, nuestro Partido debe ser capaz de elaborar una política militar y explicarla consecuentemente. Aquello que no tuvimos ayer y que constituyó la causa principal de nuestra derrota, debemos crearlo hoy para asegurar nuestra victoria futura.

¿Cuál debiera ser el contenido de una política militar socialista?

Ya hemos adelantado algunos criterios en documentos anteriores, lo que no nos exime de insistir ahora en un tema de importancia tan medular.

Por de pronto, debemos decir que hay enfoques, formas de enfrentar el problema, que no agotan la concepción de una "política militar", en el ver-

dadero y amplio sentido del término. Así, por ejemplo, la concentración de esfuerzos en la creación de una fuerza militar propia no agotan toda la temática de una "política militar". Este enfoque peca de estrechez. El centro del poder militar, la acumulación de poderío militar en una sociedad como la nuestra, se halla en las Fuerzas Armadas, como organismo regular del Estado. Es allí donde reside el supremo poder de coerción de la burguesía y el imperialismo.

Cualquier fuerza militar propia, por eficiente que sea, muy difícilmente podrá tener una magnitud, una eficacia, un respaldo logístico, tecnológico y organizacional comparable a las Fuerzas Armadas profesionales. Enfrentada pues a Fuerzas Armadas monolíticas, sin fisuras ni en su nivel técnico ni en las concepciones políticas que las inspiran, está condenada —casi invariablemente— a la derrota.

Tampoco constituye propiamente una política militar la afinidad conspirativa o de infiltración que se concentra en un grupo reducido de miembros regulares de las Fuerzas Armadas y que delega en ellos, por su calidad de tales, por su preparación técnica la representación militar de las fuerzas revolucionarias. Menos aún puede fundarse una política militar coherente en el criterio considerarlas, como "un integrante más" de una clase o conglomerado social y, por tanto, determinada en sus opciones básicas por la política que se elabore para ganar o neutralizar a esa clase o conglomerado. Este enfoque si bien incluye —como los anteriores— aspectos importantes del problema militar, tiende a ignorar la especificidad de la institución castrense, sus propias características internas, su naturaleza singular. En este sentido, por ejemplo, considerar la política militar como parte de la política general hacia las clases medias, so pretexto de que el grueso de la oficialidad de nuestras FF.AA. tiene ese origen social, constituye un error. La política hacia las clases medias las afectan, ciertamente, pero las singularidades de su educación militar y el rol central que juegan en la mantención del sistema de dominación nos obliga a una elaboración muy refinada y específica.

Una política militar socialista, sin dejar de considerar los elementos anteriores, debe partir de una definición de nuestro criterio frente a la defensa nacional, sobre su carácter, sus objetivos y su organización. La defensa nacional constituye una función irrenunciable de todoEstado que se plantee la necesidad de proteger su soberanía territorial y su independencia frente a una eventual agresión o amenaza externa.

¿Cómo la concebimos?

¿Cuáles son nuestros criterios sobre su importancia, su prioridad, su sentido?

Con este prisma, nuestra política debe tender a asegurar una estrecha vinculación entre Fuerzas Armadas y Pueblo, imaginadas como una sola en-

tidad compleja, para las efectos de arribar a una concepción integral de la defensa nacional y de defensa de la soberanía popular. Ya en el "Mensaje a los socialistas en el Interior de Chile" avanzamos lo siguiente: "La redefinición de las Fuerzas Armadas es un prerrequisito indispensable en el proceso de liberación de Chile". "El Partido Socialista debe plantear, como tarea fundamental de masas, el debate sobre las nuevas Fuerzas Armadas que deberán surgir después de la derrota del fascismo". "Nuestra respuesta a cuestión tan crucial debe apuntar a una doctrina que permita, simultáneamente, garantizar la defensa de Chile como Estado independiente y el legítimo derecho de su pueblo a decidir sus destinos sin estar sujetos a la coerción, real o potencial, de una clase que controle los medios de represión". "Esta nueva concepción deberá establecer la naturaleza absolutamente democrática de los cuerpos militares, su independencia de intereses extranjeros y la participación en la defensa nacional, como un deber y un derecho de todo ciudadano".

Sólo mecanismos de este tipo harán posible una efectiva interpenetración entre pueblo y sistema defensivo y, al mismo tiempo, que la estructuración de nuestras Fuerzas Armadas tenga un contenido realmente nacional, democrático, surgido del propio pueblo y obedezca a los intereses superiores de la nación y no de determinados intereses.

Los programas de estudio de nuestros militares, los sistemas de reclutamiento de nuestros oficiales, las alternativas técnicas de equipamiento, las formas de control conjunto sobre las actividades de la defensa; en fin, los muchos aspectos que dicen relación con la defensa nacional deben ser pública y democráticamente debatidos y resueltos.

El propósito de nuestra política militar no es ni podrá ser dejar el país en la indefensión. Por el contrario. Será establecer una vinculación tal entre los objetivos de la democratización de las FF.AA. y los de transformación socio-económica que permita garantizar de la manera más eficaz la defensa de la Nación y asegurar que el pueblo pueda libremente decidir sus destinos sin estar sujetos a la amenaza de una intervención militar que desconozca sus decisiones democráticas.

He aquí algunas proposiciones básicas en torno a las cuales pensamos debe promoverse un amplio debate para dar la mayor solidez posible a definiciones políticas que deberían, en último término, servir de fundamento a un nuevo Programa del Partido.

CRITERIO TRES

El partido Socialista debe perfeccionar sus actuales niveles políticos y orgánicos, sobre la base de una concepción propia del Partido, como instrumento de acción revolucionaria fundada en los principios del marxismo y del leninismo y en la realidad y tradición chilenas.

Buena parte de las discusiones producidas durante el último tiempo en el interior de nuestro Partido han tenido relación con la concepción de lo que hemos sido, somos y aspiramos a ser, como vamguardia popular-revolucionaria. En lo específico, los grados de flexibilidad de la estructura partidaria, los niveles deseados de homogeneidad, el carácter y ejercicio de la disciplina, las relaciones entre Partido y masas, dirigentes y bases, han sido algunos de los temas surgidos en el debate interno.

Varios factores han contribuído a distorsionar o impedir que las diversas posiciones se reencuentren en una síntesis dialéctica.

En primer lugar, es forzoso mencionar las deformaciones e insuficiencias que arrastramos desde el pasado, a las que hemos hecho reiterada mención en otros documentos e intervenciones. En estricto rigor ellas afectan, de una u otra manera, a casi todos los militantes socialistas. La dificultad de extirparlas reside —precisamente— en su extensa difusión, la que va acompañada de una persistente debilidad ideológica y moral para asumir la actitud honesta y ecuánime de autocrítica y superación. Ello explica que las expresiones frecuentes, casi rituales, de rechazo a los hábitos disolventes e inorgánicos, vayan a parejas con actitudes evasivas y condescendientes en la evaluación de la conducta propia o de grupo, con lo cual los factores que están en la base de la perpetuación del fraccionalismo ven asegurada su reproducción.

Un segundo factor distorsionante ha sido la realidad actual del Partido, esto es, su existencia en condiciones de extrema emergencia, enfrentado a una coyuntura absolutamente nueva a la que, muy probablemente, deberá adecuarse por un largo período histórico. En este sentido, es preciso considerar la fase actual como una situación especial; no es deseable ni posible exigir del Partido, al menos en Chile, su adecuación a condiciones que pondrían en severo riesgo sus estructuras. Por otra parte, es indispensable precaverse contra aquellas concepciones según las cuales las normas de excepción adoptadas en este período, restrictivas de la democracia interna y destinadas a privilegiar el momento del centralismo, debieran tender a convertirse en normas de validez permanente.

Un tercer factor - el de fondo - dice relación con la propia concepción teórica de Partido. Como en muchos otros campos, nuestro Partido ha entendido siempre que no existe una determinada concepción de partido revolucionario válida para toda circunstancia o quehacer político.

La concepción de Partido, como todos los otros elementos de la teoría revolucionaria, debe estar sujeto a permanente enriquecimiento y discusión. No hay modelo único, válido para todo tiempo y lugar. Tenemos pues la obligación de concebir por nosotros mismos, recogiendo la rica experiencia revolucionaria del movimiento obrero y la nuestra, una forma de partido que sea adecuada a nuestra realidad y a nuestras tradiciones y que,

por sobre todo, tenga eficacia política para cumplir nuestros objetivos. La más grande distorsión que hemos podido observar en torno a este tema reside en la tendencia a aceptar acríticamente y en forma dogmática una concepción presuntamente " leninista " de Partido, que se supone ha de constituir la generalización científica de la experiencia universal de conducción de la clase obrera y el campesinado, en su combate anticolonial y anticapitalista.

En este plano, como en el más general de la teoría y la praxis de la transformación social, se tiende a practicar una versión reduccionista del leninismo que, como sabemos, incluye aspectos tan diversos y ricos como la crítica del economicismo, del determinismo y del idealismo positivista, la teoría del Estado y la Revolución, la teoría del imperialismo, para no mencionar sino algunas de las más importantes.

En este sentido no debe haber dudas. La difusión y desarrollo del cuerpo teórico del leninismo en el Partido no es un fenómeno reciente. Con diversas alternativas, avances ciertos y distorsiones obvias, él tiene ya 11 años de existencia oficial. Su significación teórica y práctica, ideológica y política, es innegable y preñada de posibilidades. Pero no cabe duda de que en nuestro Partido, como en muchos otros destacamentos obreros y revolucionarios, existen tendencias a la absorción esquemática de dicho cuerpo conceptual; a la confusión entre los fundamentos y aportes metolológicos indiscutibles del leninismo, con una cierta práctica de la lucha revolucionaria, de ejercicio del poder y de la construcción del socialismo, estrechamente vinculados a condiciones históricas y nacionales muy concretas.

No pretendemos situarnos frente a dichas experiencias desde posiciones neutrales que, tras apariencias diversas -sean éstas las del objetivismo académimico, del humanismo socialista y aún del propio "marxismo-leninismo" disfrazan mal su carácter restringido, cuando no su vinculación a diseños anti-socialistas y contrarrevolucionarios. Nuestra posición debe ser clara y sin dobleces. Hemos sido y somos profundamente solidarios con el campo socialista, en cuanto somos conscientes del decisivo significado que el triunfo de la Revolución de Octubre y el establecimiento de dicha comunidad de países han tenido para los destinos de la Humanidad, la liberación de los pueblos y la paz mundial.

En primer lugar, por lo que somos y luego, por lo mucho que debemos como Partido y como Nación a la comprensión y solidaridad del campo socialista, nuestra posición frente a esa realidad socio-política y a su práctica estatal y partidaria no es, ni puede ser, la de la crítica purista, abstracta, fuera de contexto histórico; pero tampoco puede ser la de asimilación mecánica o irreflexiva que confunde la renuncia a la independencia de criterio con la fidelidad al leninismo, promoviéndola al rango de expresión internacionalista. Si el leninismo, al continuar la teoría y la praxis revolucionaria del marxismo, respondió a las exigencias fundamentales de la transición al socialismo en Ru-

sia abriendo con ello una nueva época histórica, no cabe la menor duda de que, como todo aporte señero, planteó nuevos interrogantes sin ofrecer respuestas inmediatas o plenamente satisfactorias a todos ellos.

En estas cuestiones, así como en la teoría y la práctica de la organización partidaria, no es más leninista quien mejor copia soluciones ajenas, por muy afortunadas que hayan sido en responder a las solicitaciones de sus realidades concretas, sino quien, asimilando las dierectivas generales avanzadas por Lenin y discutidas por numerosos dirigentes y teóricos que se reclaman del leninismo, es capaz de crear una síntesis adecuada a su propio contexto y a sus propios fines.

En relación a la cuestión del Partido es necesario -en la mejor tradición leninista- entender los problemas orgánicos como problemas políticos y no como meras cuestiones formales de estilo y disciplina, transformados en estereotipos o substitutos de la actividad consciente. La visión maniqueísta del Partido como "aparato" y la asimilación de la vida partidaria a la "vida de secta", nada tienen de común con la más importante del leninismo y corresponden a una lectura desnaturalizada del mismo.

La más grande deformación registrada en la historia del socialismo, el stalinismo, no provino de problemas orgánicos resueltos en forma inadecuada o de falta de rigor en la aplicación de la disciplina, sino de negar sistemáticamente la democracia interna en el partido; de convertir a los dirigentes en una casta burocrática, escudada tras el centralismo para negar la crítica y la actividad creadora de las bases; de considerar el Partido un órgano substitutivo de las masas y no una parte de éstas, destinada a hegemonizarlas y dirigirlas. En momentos como el que vivimos no es ocioso recordar esta etapa de la historia del socialismo con el fin de prevenir a nuestros militantes y dirigentes sobre el grave error que constituiría utilizar la insuficiente democracia interna, que las circunstancias objetivas han impuesto, para dar por establecidas posiciones o ideas sin consideración al pensamiento de las bases.

Los mecanismos de la democracia interna y del centralismo deben permitir que debate y crítica, posiciones mayoritarias y minoritarias, confluyan en una síntesis superior aceptada por el conjunto y aplicada con lealtad y disciplina. Nada será posible para el socialismo chileno sin la actividad creadora de sus militantes. Cuando esa vertiente se seque, ya sea porque el dogmatismo haya hecho presa de nosotros o porque el burocratismo impida la expresión libre, orgánica y creadora, nuestro Partido no tendrá razón de existir. Miles de revolucionarios mueren o son derrotados año a año en las empresas de impulsar el socialismo. Las derrotas no ocurren sólo porque ignoren, mal interpreten o apliquen erróneamente la teoría existente. Ocurren, también, porque nuestra teoría no tiene aún un desarrollo suficiente en muchos aspectos. La revolución social es un acto de creación y no de imitación; ella requiere,

para ser realizada, un hondo proceso de reflexión y práctica colectivas. Los socialistas chilenos nos hemos caracterizado siempre por estar profundamente comprometidos con la causa del cambio en nuestro país. Por eso hemos buscado y hemos analizado otras experiencias, no siempre con rigor, pero sí con pasión, tratando de aprender de cada una de ellas. Porque queremos el socialismo en Chile es que reflexionamos por nosotros mismos; es que intentamos pese a los duros reveses sufridos, diseñar nuestras vías para lograr nuestros objetivos. Tratamos de perfilar una sociedad socialista que seguramente ha de ser diversa a las ya existentes, tanto porque nuestra realidad y nuestro tiempo son diversos como porque la experiencia nos ha permitido aprender de ellas y aspirar, con legitimidad y fraterno sentido de emulación, a construir mejor la nuestra.

Para sólo reformar o administrar la sociedad muchos tipos de partidos pueden servir. Para transformarla en una sociedad socialista no basta cualquier partido. Tenemos por delante la gran tarea de reflexionar sobre lo que somos y lo que debemos ser; de nutrir esa reflexión en la práctica valiosísima adquirida por nuestros cuadros clandestinos que luchan en Chile en condiciones extraordinariamente difíciles, y con la autocrítica basada en la experiencia de otros grandes partidos revolucionarios que en el destierro hemos tenido la oportunidad de conocer mejor. No disponemos para esta tarea de un minuto de tregua. Debemos ir elaborando y construyendo entre los compases siempre yuxtapuestos de la elaboración teórica y de la práctica concreta.

Caerá el fascismo y Chile reemprenderá el camino de su destino histórico, tronchado por la barbarie. Lo que el Partido Socialista llegue a ser en ese instante estará determinado por la que haya sido su quehacer hoy, y por la madurez y solidez de su desarrollo teórico-político. Nuestra lucha de hoy es por derrocar la dictadura y por fortalecernos como partido; para ofrecer a la comunidad nacional lo que hemos denominado una Propuesta Socialista para Chile, fundamentada en un gran proyecto, nacional y revolucionario, democrático y popular, liberador y de construcción socialista. Para ello es preciso que el Partido Socialista no pierda su identidad histórica, que sepa recoger lo trascendente de su pasado y enriquecerlo con nuevas experiencias, asumiendo a cabalidad su rol de Gran Partido Nacional de la Clase Obrera.

Ello nos obliga a prevenir acerca de las deformaciones que hemos mencionado; por el mismo tiempo y con urgencia, a superar los resabios de vicios pasados. En nuestra historia como organización no hemos pecado por ser excesivamente centralistas sino, por el contrario, por un democratismo mal entendido, por una tendencia a la indisciplina, al individualismo, al fraccionalismo. Que el justo afán de superar estos vicios no nos induzca a tolerar los inversos. Y, a su vez, que el temor frente a estos últimos no nos detenga en el esfuerzo por superar nuestras debilidades históricas. No es fácil equilibrar centralismo con democracia interna, disciplina y trabajo orgánico con iniciativa y creación, repulsa al "burocratismo" con rechazo

al "democratismo". Sin embargo, lograrlo es para nosotros una tarea insoslayable. Mi experiencia de siete años en la Secretaría General del Partido me indica que nada será posible sin el espíritu combativo y crítico de sus militantes y sin la práctica democrática, que ha sido la fuerza vital en el desarrollo del Partido. Pero también me indica que si aspiramos a ser un partido conductor, de vanguardia, y no una suerte de "frente de masas" para el trabajo de otras organizaciones políticas, debemos extirpar de raíz estos vicios pequeño-burgueses y reconstruir nuestra convivencia orgánica y política.

Aún más. Los socialistas debemos aspirar a que nuestro Partido sea una gran fraternidad de revolucionarios. No ha sido éste el clima que, en todo momento, ha tendido a imperar entre nuestros militantes y entre nuestros dirigentes. La diversidad de opiniones nos lleva a veces a extremos en que el debate político degenera en pugna personal; en que se utiliza el arma del desprestigio contra aquellos compañeros con quienes no se concuerda; en que no se guarda discreción frente a terceros en cuanto a las opiniones de sus dirigentes; en que se acepta, de una u otra forma, que fuerzas ajenas al Partido tengan interlocutores e instrumentos para interferir, directa o indirectamente, en nuestros asuntos internos. Todo ello atenta gravemente contra la dignidad del Partido, contra su credibilidad, su prestigio, contra su unidad y eficacia de acción. Además, enrarece la convivencia partidaria de tal modo que en vez de convertirla en sólido estímulo espiritual e intelectual, de fraternidad y de fuerza, la transforma en fuente de división, de querellas y, en suma, de debilidad.

Sobre la base del respeto mutuo a nuestras ideas basado en el gran acuerdo sobre nuestros objetivos y tareas superiores- debemos construir una verdadera convivencia socialista. Para ello se requiere generosidad, espíritu fraternal, voluntad de restañar heridas. Debemos ser un Partido capaz de superarse, de regenerar el tejido político y humano que la lucha, a veces enconada, ha dañado. Dentro de este espíritu deseo proponer la reincorporación de aquellos militantes que en la dolorosa escisión ocurrida en 1967 fueron alejados del Partido o lo abandonaron por propia voluntad. En el transcurso de estos diez años, varios de ellos han reconocido filas nuevamente en él. Hay otros, sin embargo, que no lo han hecho. Entre ellos se encuentra quien fuera uno de los constructores del socialismo chileno y Secretario General del Partido: Raúl Ampuero. En momentos como los que vivimos, lo que cuenta no son los errores o diferencias del pasado, sino las coincidencias del presente y del porvenir. Durante diez años Raúl Ampuero ha mantenido una inalterable lealtad a los grandes postulados del socialismo chileno, aún estando fuera de sus filas. Nos parece justo y necesario que, en virtud de lo mucho que ha entregado a nuestra causa, se le invite -en la oportunidad que corresponda- a integrarse al Partido y a contribuir con sus indudables calidades, a su perfeccionamiento.

Amplia y dignificadora ha sido y seguirá siendo la democracia socialis-

ta, receptivos los oídos a la creación política y a la crítica revolucionaria, grande la tarea de contribuir a un Partido mejor y a un Chile libre y socialista.

CRITERIO CUATRO.

El Partido debe ser conducido por una dirección única, que supere la falsa contraposición "exterior" "interior"

Los documentos de Septiembre de 1976, emitidos en forma separada por la Dirección Interior y por el Secretariado Exterior, constituyen el hecho partidario más significativo del último tiempo: dos instancias de la Dirección del Partido, en condiciones radicalmente distintas, habían convergido hacia concepciones básicamente coincidentes.

En mi "Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile" valoricé tal acontecimiento, afirmando que si habíamos logrado vertebrar un pensamiento político homogéneo, nada debía impedir que el Partido vertebrase también una solución orgánica unitaria.

Nuestra posición, reiteradamente expuesta durante los últimos tres años, se ha centrado en las siguientes ideas:

Los acontecimientos de Septiembre de 1973 y la forzosa clandestinidad en que debe actuar el Partido desde entonces, han conducido a una situación caracterizada, en lo fundamental, por los siguientes rasgos:

a. La Dirección Estatutaria del Partido, elegida por el último Congreso Ordinario, realizado en La Serena en 1971, se encontraba excedida en su mandato. Esto, de acuerdo a los Estatutos, Debía durar hasta Enero de 1974.

b. Como consecuencia de la derrota del Movimiento Popular, dicha Dirección había visto afectado su ascendiente político, a pesar de la actitud de general consecuencia evidenciada por la inmensa mayoría de sus miembros en los momentos del golpe y en la lucha posterior contra la dictadura.

c. Las nuevas condiciones crearon la necesidad de readecuar la estructura del Partido para hacer posible su papel dirigente en el combate popular antifascista. Esto, unido a la salida al exterior de un número considerable de compañeros del CC, debidamente autorizados, determinó la necesidad de conformar una "Dirección de tiempo de guerra".

d. El carácter excepcional de la situación existente en el interior del país requería también de una correspondiente "legislación de tiempo de guerra", expresada en un nuevo procedimiento para la integración de la Dirección interior.

e. A fin de no producir una discontinuidad total en la Dirección, la nueva autoridad del Interior quedó conformada, como sabemos, por miembros de la Dirección de La Serena y compañeros incorporados a ella por la vía de la cooptación.

f. En la base de tal proceder se dejaba implícita y explícitamente establecidos los siguientes criterios:

Que la forma no estatuaria de resolver los problemas direccionales estaba determinada por el carácter excepcional y nuevo de las circunstancias y tendía à responder a solicitaciones concretas y urgentes. En ningún caso se trataba de aceptar en permanencia dichos procedimientos. De allí que tanto estos procedimientos como la dirección Interior constituída gracias a ellos revestían un carácter provisorio, en tanto sus miembros no pudieses ser reemplazados por nuevos mecanismos que,sin corresponder plenamente a condiciones normales, hiciesen una más amplia y directa apelación a las bases del Partido.

Que en virtud de la situación anormal creada por el golpe militar y la ilegalización y represión consiguiente del Partido, ninguna instancia de Dirección interna o externa podía considerarse plenamente depositaria de la soberanía partidaria.

De aquí la imperiosa necesidad de manifestar una clara voluntad política para buscar soluciones unitarias, democráticas y eficaces, tendientes a normalizar la situación direccional, evitando incurrir en la autoperpetuación o autogeneración permanente de la Dirección partidaria.

A objeto de superar esta situación, caracterizada por la existencia de una Dirección Interior constituída solamente por miembros cooptados, y de una Dirección Exterior concentrada en el Secretariado Exterior constituyendo una emanación de la Dirección Estatutaria de La Serena, con deficiente coordinación entre sí, propuse una solución intermedia.

Dicha solución consistía en la constitución de una Dirección Unica de Emergencia,, a partir de un Pleno de los actuales segmentos —interior y exterior— de la Dirección. Siempre manifesté mi posición en orden a que la participación del Interior en este pleno debería ser mayoritaria.

El mensionado Pleno elegiría los integrantes de un nuevo Secretariado Exterior que, naturalmente, pasaría a integrar la Dirección Unica de Emergencia y además ratificaría a los miembros de la Dirección Interior.

Estas fueron mis propociociones centrales. Ellas han estado inspiradas en un reconocimiento, espontáneo, sin dobleces, a la esforzada y valiosa labor realizada por los compañeros de la Dirección Interior y por sus anteceso-

res, así como por la decidida intención de cautelar la continuidad histórica de la Dirección del Partido representada por los miebros de la Dirección de La Serena, en su inmensa mayoría dignos de todo respeto y consideración.

CRITERIO CINCO.

La unidad partidaria, el fortaleciemiento de la Unidad Popular y de la izquierda en general, constituyen exigencias de la lucha contra la dictadura y del éxito del Movimiento de Solidaridad Internacional.

Desde el instante mismo que abandonamos Chile nos entregamos con pasión a la tarea de organizar la Resistencia.

Entendíamos, y así lo seguimos entendiendo, que la lucha contra el fascismo sólo tendría éxito si estaba animada por una real y resuleta voluntad unitaria. Tal tarea no era en modo alguno sencilla. Ella nos exigía un inmenso esfuerzo. Primero, en el interior de nuestra organización; luego, en el ámbito de las fuerzas políticas de la izquierda chilena; finalmente, en la vasta heterogeneidad del Movimiento Internacional de Solidaridad, en el que convergen corrientes ideológicas contradictorias y a veces antagónicas.

Como hemos dicho, el mantener una línea unitaria no ha sido tarea fácil. No obstante que el conjunto de nuestro Partido ha internalizado este sentimiento y lo ha racionalizado, las naturales discrepancias que surgen en el quehacer político concreto crearon, en algunos momentos focos de tensión con nuestros aliados. Así ocurrió en diversas oportunidades con el Partido Comunista. Con el MIR, por otra parte, hemos estado permanentemente en posiciones diversas y hemos debido rechazar con energía algunos planteamientos, actitudes y consignas. Ello no nos ha impedido, sin embargo, mantener nuestro invariable afán de diálogo y de entendimiento.

El Partido Socialista ha sido factor decisivo de convergencia en las reuniones de la UP celebradas en La Habana, Berlín, Budapest, Londres, México, Belgrado y Estocolmo.

La misma presencia unitaria ha exhibido El Partido en todos los eventos internacionales convocados bajo el signo de la lucha de nuestro pueblo.

Ha sido norma permanente de la actuación del Partido en el exterior no usar en su trabajo internacional armas desleales. Nunca nos hemos referido en forma descalificatoria a otros partidos chilenos. Tanto en le Unidad Popular como en las organizaciones más amplias de la izquierda chilena hemos tratado de no entrar en pugna por cargos o posiciones, por formar parte de determinada delegaciones, por hacer uso prioritario de la palabra, por invocar tratamientos preferenciales. Incluso, a veces, hemos concientemente dejado pasar afirmaciones lesivas para nuestras posiciones, estimando que lo más im-

portante era conservar la imagen unitaria. Tanto en la Unidad Popular, en la CUT, en la Oficina de Solidaridad en Roma como en los diversos comités de países, los socialistas hemos tratado de actuar sin sectarismos y con espíritu profundamente unitario.

Pero más allá de la unidad con las otras fuerzas políticas de la izquierda, siempre abrigamos la íntima convicción de que la tarea prioritaria planteada por la lucha contra el fascismo —para los socialistas— era la unidad e integración de las variadas tendencias existentes en el seno de nuestro propio Partido, las que en la derrota y el exilio encontraren un campo aún más propicio para su desarrollo. Siempre pensamos que sin la unidad del P.S. no hay ni habrá unidad del Movimiento Popular, ni menos unidad de las fuerzas antifascistas. El Partido es y deberá continuar siendo eje escencial en el acontecer futuro del país. Por ello, hemos hecho enormes esfuerzos por establecer un área de convergencia, en torno a la cual fuese posible preservar y desarrollar la especificidad política e ideológica del Partido. Las iniciativas que adoptamos en la búsqueda de una necesaria integración orgánica estuvieron siempre embarcadas en un contexto de extrema amplitud, ajeno a exclusiones innecesarias, a querellas del pasado o a pretensiones de poder. En nuestra opinión, la magnitud de la derrota y la lucha por la supervivencia partidaria hacía criminal trasladar al primer plano la dilusidación de presuntas responsabilidades por el desastre. Muy por el contrario; lo que estaba en el meollo del quehacer inmediato era la necesidad de unificar al Partido, dando expresión orgánica y política a las diversas manifestaciones de la lucha ideológica que subrepticia o abiertamente se daba en su seno. Tal fue el sentido fundamental de las cartas que con fecha 24 de septiembre y 10 de diciembre de 1974 dirigimos al compañero Exequiel Ponce.

Esta aspiración integradora nos llevó a buscar y a aceptar contactos con miembros de "La Coordinadora Nacional de Regionales", del grupo denominado "Comisión para el Consenso" y del llamado "Movimiento MR-2". Los acuerdos del Pleno de La Habana expresaron en el plano orgánico la concretización de esta aspiración, que recogía el sentir mayoritario de sus participantes e incluyó el de la Dirección Interior, representada en aquella oportunidad por Jaime López. En el espíritu de dichos acuerdos se formularon, con posterioridad y por escrito, planteamientos políticos y orgánicos a los representantes de estas tendencias. Las respuestas de los camaradas de la "Comisión para el Consenso" y de "MR-2" fueron estimadas positivas por el Secretariado Exterior y remitidas a la Dirección Interior para su consideración. No ocurrió lo mismo con la réplica de la Coordinadora rechazada por la mayoría de los miembros del Secretariado Exterior.

Con el mismo ánimo buscamos establecer contactos con el compañero Aniceto Rodríguez. En lo que dice relación con tales esfuerzos me parece necesario precisar hoy los alcances y alternativas de intentos reiteradamente frustrados.

Inmediatamente después de su arribo a Caracas le dirigí, por intermedio del senador venezolano Luis Beltrán Prieto, una breve y fraternal nota saludando su libertad e invitándole a que nos reuniéramos para planificar orgánicamente el aporte que podía prestar al trabajo solidario. Nunca tuve respuesta.

Al organizar el Pleno de La Habana, la Dirección atribuyó especial trascendencia a la participación del compañero Rodríguez. Con mucha antelación y por conductos diferentes se le hizo llegar la correspondiente invitación y se situaron los pasajes en la capital venezolana. Jamás dio explicación alguna sobre los motivos de su inasistencia. Por el contrario, prefirió recurrir al equívoco expediente de dirigir cartas privadas a diversos militantes descalificando el Pleno y a la Dirección del Partido.

Más tarde, el Secretariado Exterior le dirigió una extensa carta, concebida con extrema generosidad y animada por una indiscutible voluntad unitaria. En ella se le planteaba la conveniencia de su integración orgánica al Partido exigiéndole, a la vez, un reconocimiento de su Dirección. Tal demanda no tuvo la respuesta que el Partido y el drama de Chile hacían exigirle. El compañero Rodríguez se dirigió por primera vez al Secretariado Exterior en un documento que trasuntaba un grado extremo de personalismo, ofuscación y odiosidad. Una vez más el deber superior de cautelar la imagen del Partido en el exterior nos llevó a renunciar al legítimo derecho de dar respuesta pública a aquel documento, profusamente distribuído por él mismo. Nos hemos detenido en el caso específico del Co. Rodríguez porque estimamos que la conducta por él asumida rebasa los límites de lo permisible. Más allá de la incompatibilidad entre la línea política del Partido y el proyecto en que él aparecería comprometido, sus actitudes le están ocasionando un daño a nuestra organización, tanto en el orden orgánico como operativo.

Con el mismo espíritu fraternal y unitario procedimos en relación con el Co. Pedro Vuskovic, cuyas actividades fraccionales se venían acentuando ostensiblemente en el último tiempo, Lo invitamos al Pleno de La Habana, tomamos con él contactos personales y epistolares; pero tampoco encontrammos en él una acogida que permitiese incorporar su capacidad al esfuerzo colectivo del Partido.

Nadie podrá, en consecuencia, poner en tela de juicio el sentido profundamente unitario, democrático y fraternal con que hemos cautelado los intereses superiores del socialismo. En este afán, hemos ajustado nuestra actividad a normas orgánicas previamente establecidas, aplicándolas con ponderación y energía a todas las desviaciones por igual, cualquiera fuese su signo.

CRITERIO SEIS.

Los militantes del Partido obligados a exiliarse son parte integrante de la organización partidaria con plenos derechos y su tarea primordial es

la de constituirse en retaguardia de la lucha del Partido en el interior de Chile, proporcionándole apoyo material, preparando cuadros y desarrollando el más amplio movimiento de solidaridad.

Paradojalmente, en no pocas oportunidades la propaganda fascista ha encontrado inesperado aval en torpe empeño publicitario de algunos grupos y fuerzas de izquierda por denigrar el destierro. Tal ha sido el caso de la desafortunada consigna que en el pasado levantó el MIR, expresando que "el MIR no se aisla". Por desgracia para el propio MIR, los hechos lo han desmentido y ningún beneficio logró de tal consigna. Sin embargo, el perjuicio fue grande, pues contribuyó gratuitamente a fortalecer la propaganda de la dictadura que pretendía asimilar el exilio chileno a una banda de "desertores", a un conjunto de "cobardes" que no cumplían sus responsabilidades, olvidaban su Patria e iniciaban una "vida despreocupada y feliz" en el exterior. Muy por el contrario la inmensa mayoría del exilio político vive permanentemente en torno a la problemática chilena, dedica todos sus esfuerzos a contribuir al derrocamiento de la dictadura, no aspira sino a regresar al Chile querido y jamás olvidado y trata de educar a sus hijos, pese a mil dificultades, en los hábitos, valores y tradiciones de nuestra Patria.

Por esto desde un comienzo hemos considerado insólita la pretensión de dividir el Partido entre "héroes" que luchan en Chile y "cobardes" que lo abandonaron. Fuera y dentro del país se ha evidenciado coraje se ha acumulado dolor. A uno y a otro lado de las fronteras hubo asunción plena de responsabilidades y entrega sin reservas al Partido y a la lucha contra el fascismo. Dentro y fuera hay camaradas que no han enfrentado las obligaciones que les hacía exigible el drama de Chile, arrastran cicatrices físicas y anímicas que les infligieron los verdugos. Dentro y fuera hemos tenido dolorosas bajas en la lucha sin cuartel contra la tiranía.

Es cierto que el escenario principal de nuestro combate es Chile. Pero ello no implica, en modo alguno, aceptar el criterio de que la localización geográfica —estar dentro o fuera de las fronteras nacionales— constituya la medida primera y última de la consecuencia y solvencia moral de los militantes. Es la actitud ética y política, el aporte cotidiano al esfuezo del Partido y, en el caso de los dirigentes, las razones y circunstancias de su salida del país, lo que fundamente sus derechos y ascendiente.

Mucho menos puede considerarse la situación geográfica como elemento clave que permita discernir entre quienes pueden participar en la conducción superior del Partido a título pleno y quienes sólo por condescendencia de los dirigentes del Interior y, por tanto, de modo condicionado.

Dede los ejemplos clásicos de las direcciones revolucionarias y antifascistas bolcheviques, italianas, búlgaras, por sólo citar algunas, hasta llegar a los de muchos movimientos y partidos revolucionarios de la época actual, no han sido éstos, por cierto los criterios determinantes.

Por esto hemos rechazado siempre la descalificación que algunos han pretendido hacer de la Dirección elegida en el Congreso de La Serna, así como la de innumerables dirigentes y militantes que hoy se encuentran en el destierro.

Al respecto deseamos dejar puntualizado los siguientes hechos:

1. Tal como fue acordado, la totalidad de la Comisión Política –sin que se registrara ninguna falla– se reunió en el lugar previsto el día 11 de Septiembre de 1973, demostrando con ello su responsabilidad.

2. De los miembros que integran el CC a esa fecha, cinco fueron asesinados otros 16 fueron detenidos, conocieron los campos de concentración y la tortura y después de largo tiempo de prisión fueron expulsados del país; 3 desaparecieron en las mazmorras del fascismo, entre ellos, nada menos que el Jefe del Partido en el Interior, Exequiel Ponce y el Secretario General de la J.S., Carlos Lorca. Hasta hoy continúa en la cárcel el camarada Carlos Lazo, ex-miembro de la Comisión Política y 3 integrantes del CC permanecen en el interior del país.

   Del resto debe recordarse que 3 se encontraban al momento del golpe fuera de Chile, el asilo de varios fue autorizado expresamente por la D.I. siendo cuestionados en definitiva sólo 7.

   Este balance suscita una pregunta: ¿Puede una Dirección política que contabilizaba un número tan significativo de camaradas asesinados, torturados, condenados a muerte, desaparecidos y encarcelados, ser descalificada moral y políticamente?

3. En el exilio hay un número muy importante de dirigentes sindicales y jefes regionales o integrantes de organismos medios que también han estado por meses sometidos a torturas y por años a prisión. ¿Pueden ellos ser descalificados por el sólo hecho de estar hoy fuera del país?

4. Una enorme cantidad de militantes han sido expulsados de Chile después de haber permanecido por meses o años en las prisiones del fascismo. ¿ Están ellos condenados a una " submilitancia " por no encontrarse hoy en el interior ?

   No existe en la izquierda un partido con una cifra tan elevada de dirigentes y militantes asesinados, torturados y encarcelados. ¿ Puede arrojarse aunque sólo sea la sombra de una duda sobre estos compañeros militantes que, arrancados de las garras del fascismo, se encuentran involuntariamente fuera de su Patria?

   Cinco de los doce compañeros a quienes la dictadura privó de su nacio-

nalidad son militantes del Partido y tal "distinción" se les concedió, precisamente, por realizar un activo y eficiente trabajo orgánico en favor de la causa de Chile.

Debemos colocar el problema en un terreno estrictamente político sin perjuicio de analizar, en cada caso concreto, la actuación personal de el o los militantes que detenten funciones de dirección o sean promovidos a ellas.

A nuestro juicio, la Dirección de un partido revolucionario que lucha en en condiciones de clandestinidad debe situarse donde el análisis político concreto lo determine. Esta es la única norma válida que puede darse sobre esta materia. No hay sobre ella reglas inmutables o generales. No existen involucradas cuestiones de principio ni de ética revolucionaria. Lo que afirmo puede ser confimado por el más elemental análisis de experiencias similares a la nuestra, en que este problema también suscitó debates y discusiones. Plantearlo de otra forma equivale a una verdadera extorsión contra aquellos que por diversas razones, cuya validez nadie puede honestamente discutir, se han visto forzados a abandonar el territorio nacional, aunque no a abandonar la lucha revolucionaria. Si un dirigente no merece la confianza de su partido. no debe ser tal ni en el interior ni en el exterior. En cambio, si se le otorga tal confianza, es porque se le reconoce aptitud de dirigente dondequiera que esté.

Sólo un tema de conciencia de estos criterios y el respeto a ellos podra garantizar la indispensable unidad de pensamientos y acción entre los niveles exterior e interior del Partido.

CRITERIO SIETE

Crear en el exterior una amplia red de relaciones y estructuras que sirvieran de apoyo a la lucha en el interior del país y a la solidaridad internacional con ella.

Cuando debimos abandonar el territorio nacional encontramos en el exterior un vasto y expontáneo movimiento de solidaridad con la causa de Chile Era enorme pero no garantizaba, por el sólo hecho de existir, el rol que al Partido le correspondía desarrollar en él. Más todavía, cuando nuestra tradicional autonomía respecto a las grandes corrientes políticas nos privaba de la posibilidad de apelar a la utilización de estructuras, recursos y diversos aportes lo que constituye un derecho de las organizaciones a ellas afiliadas. Las posíciones que hemos logrado sin por ello renunciar en lo más mínimo a nuestros principios autónomos, han sido, por cierto, fruto del espíritu internacionalista abierto, no sectario y fraternal que hemos encontrado; pero ha exigido también un activo y paciente trabajo.

Debemos tener presente para la debida comprensión de nuestra situación actual, que cuando sobrevino el golpe militar el Partido mantenía vínculos estrechos prácticamente sólo con el PC de Cuba.

En ello influyó, indudablemente, un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó - entre otras cosas - a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y social-demócratas europeos.

A su vez, con el campo socialista habíamos establecido una relación casi puramente formal, reducida a la participación ocasional en algunos congresos de partidos amigos.

Hoy, en cambio, en el plano de las relaciones intrnacionales podemos entregar un balance alentador. Es cierto que él está determinado, en gran medida, por el peso y amplitud de la solidaridad internacional, por el explicable impacto emocional del drama de Chile y, más allá de todo, por la muerte heroica de Salvador Allende.

Pero en modo alguno ha sido un fenómeno de generación espontánea, ajeno a un trabajo perceverante de la Dirección del Partido y del exilio socialista.

En America Latina mantenemos relaciones con numerosos partidos y organizaciones progresistas y revolucionarias, en especial con el PS y el PC de Uruguay, con el PS Revolucionario del Péru, con el PS de Ecuador, con el PS de Puerto Rico, con el PRI de México y otras organisaciones pólíticas de este país, con importantes sectores del exilio brasileño y de Argentina y, por supuesto, continuamos desarrollando nuestras estrechas y faternales relaciones con el PC de Cuba, del cual hemos recibido una ayuda inapreciable.

Hemos establecido sólidos vínculos con el campo socialista, sobre todo con la RDA, con la URSS y Bulgaria. Hemos recibido, igualmente, un apoyo inmenso de los países líderes del Movimiento de Naciones No Alineados; Yugoslavia y Argelia. En ellos el Partido no sólo goza de un lugar de preminencia protocolar sino, además, de un aporto considerable en estructuras.

Mantenemos relaciones amplias y profundas con todos los partidos socialistas y social-demócratas de Europa. Estas son privilegiadas con los partidos socialistas de Francia, España, Italia y Bélgica y, en especial, con el Partido del Trabajo de Holánda. Tenemos buenas vinculaciones con los laboristas ingleses y con los partidos Social-demócratas de Suecia, Dinamarca y Finlandia. Sólo carecemos de relaciones oficiales con el SPD de Alemania Federal.

Debo dejar establecido que asumí directa y personalmente la responsa-

bilida de establecer vinculaciones con los partidos socialistas y social-demócratas europeos cuando aún pesaban en muchos dirigentes y en el grueso de la masa partidaria prejuicios y reservas que han debido ser superados. La generosa solidaridad que hemos recibido, el respeto que invariablemente se ha dispensado a nuestra independencia y el mejor conocimiento que hoy tenemos sobre estas organizaciones políticas, han demostrado que tal decisión fué correcta y positiva no sólo para el Partido, sino-lo que es más significativo- para la causa de nuestro pueblo. Las importantes conferencias "Paneuropea de Solidaridad con Chile"(1974) y de Rotterdam (1977) se hallan insertas en este gran esfuerzo unitario internacional antifascista.

Hemos cumplido› misiones de indudable beneficio para Chile, el movimiento popular y el Partido, en Corea, Japón y Vietnam. Este último país nos ha dado un apoyo partlcularmente solidario y concreto.

También hemos desarrollado un fructífero intercambio de relaciones con partidos y movimientos independentistas, antiimperialistas y revolucionarios de Africa y Asia Menor, como son: O.L.P. de Palestina; Partido BAAS de Siria; Unión Arabe Socialista de Libia; el P.A.I.G.C. de Guinea Bissau; el MPL de Angola y el FRELIMO de Mozambique.

Debemos insistir: todo este vasto sistema de relaciones ha redundado en favor de la causa de Chile, ha vigorizado el prestigio del Partido y ha contribuido al aislamiento de la Junta fascista.

La tarea realizada cobra su verdadera dimensión si se considera que el notable incremento de estas relaciones se ha efectuado apoyándonos en nuestras propias fuerzas o iniciativas, sin integrar ninguna de las grandes organizaciones internacionales y siendo conocida nuestra celosa defensa de la autonomía partidaria.

No podemos dejar de destacar el ejemplo enaltecedor de trabajo disciplinado, eficaz, rigurosamente orgánico, realizado en este aspecto por el recordado compañero Orlando Letelier. El merece ser señalado, más allá del drama de su sacrificio personal, como un testimonio imperecedero de patriotismo y consecuencia. Ajeno a todo personalismo, jamás adopta iniciativas que no fueran consultadas al Secretario General. Todo su trabajo, incluso su traslado a EE.UU., lo fue en escrito y fraternal acuerdo con el Jefe del Partido. El apoyo moral, político y financiero -modesto por cierto- que recibió Orlando Letelier, provino del Partido. Una nutrida correspondencia da testimonio de ello.

En términos orgánicos, el Partido cuenta con 39 estructuras nacionales en los países más importantes de los cinco continentes. Ellas mantienen un grado de vinculación de homogeneidad aceptable.

Es un hecho que la solidaridad y la batalla que la humanidad progresista ha librado contra la Dictadura fascista no tiene paralelo en la historia mundial. Muchas veces hemos señalado los factores que la han incentivado y mantenido por tiempo tan prolongado. Pero los camaradas del interior deben tener muy claro que detrás de cada hecho en favor de la causa de Chile, tras cada acto, cada declaración, cada conferencia, cada acuerdo, cada votación en los organismos nacionales e internacionales, tras cada gestión en favor de presos, torturados y desaparecidos, ha estado y está el trabajo activo del Partido.

También debe llamar la atención sobre una decisión que comprometió mi exclusiva responsabilidad personal: la ubicación de la Dirección del Partido en La República Democrática Alemana. Es el instante de precisar formalmente los alcances de esta resolución.

Siempre estime que la Dirección Exterior del Partido debía situarse en el escenario natural de sus luchas, esto es, en América Latina. Así lo manifestó explícitamente en el Pleno de La Habana, lo que consta incluso en el comunicado final de aquella reunión. Pero si las razones para hacerlo eran obvias, las posibilidades materiales nunca existieron.

Asumí la responsabilidad de aceptar con fraternal gratitud, el generoso ofrecimiento que me hicieron los camaradas del PSUA, porque tal ofrecimiento estaba respaldado por una concepción limpia, honesta y desinteresada de la solidaridad internacionalista.

Hemos recibido del PSUA de la RDA una ayuda de ingentes proporciones. Para dar una idea de la misma basta sólo una afirmación: dicha ayuda ha permitido al Partido coordinar actividades, si bien con modestia, a escala mundial.

Por lo demás, el PSUA no sólo ha prestado esta asistencia al PS, sino a todos los partidos de la UP, y a ésta en cuanto a estructura orgánica.

A mayor abundamiento cabría agregar que de esta solidaridad se benefician la inmensa mayoría de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional de Africa y Asia. Me atrevo a afirmar que no hay un solo movimiento independentista de alguno de estos continentes que no haya encontrado en Berlín un apoyo concreto y resuelto a sus luchas.

La considerable ayuda que hemos recibido no sólo se contabiliza en términos de estructura material y en la acogida generosa entregada a más de dos mil refugiados chilenos. Debemos valorizar por sobre todo el cariño, el afecto y la fraternidad que el Partido, el Gobierno y el pueblo de la RDA invariablemente nos han dispensado en los años de exilio.

Cuando he subrayado la necesidad de descentralizar la dirección del Partido y establecer un nuevo contra operativo y de coordinación en América Latina, lo hemos hecho por razones obvias. Estas razones nada tienen que ver con un cuestionamiento hecho desde posiciones anticomunistas.

Las objeciones formuladas sólo tendrían legitimidad si la extraordinaria cooperación recibida hubiera involucrado -velada o abiertamente- un menoscabo de nuestra autonomía o una mediatización de nuestra identidad política. Jamás los camaradas del PSUA -es mi deber dejarlo establecido- han pretendido interferir en la vida ni en las decisiones del Partido. Y es esto lo que otorga a su aporte solidario un valor que compromete la gratitud de nuestro pueblo, de la resistencia chilena y, en especial, del Partido Socialista.

Recursos

En relación con esta materia debemos dejar establecido con claridad meridiana los siguientes hechos:

1. Una cantidad considerable de dinero ha sido enviada al interior en el curso de los últimos cuatro años por vía partidaria, sindical y humanitaria. Importante en términos reales, modesta en la perspectiva de las necesidades que plantea la lucha en el interior. Me atrevo a afirmar que ella es significativa para un partido que no está adscrito a ninguna organización internacional, que no tiene otras fuentes de financiamiento que no sean aquellas que es capaz de procurar con su propio esfuerzo y que cautela celosamente su independencia.

2. Los gastos de operación en el exterior no se han hecho con cargo a recursos en moneda dura, las que se han destinado íntegramente al interior. Ellos (los gastos en el exterior) en su inmensa mayoría han sido solventados con el aporte de los países solidarios del campo socialista. Tal aporte, al igual que la ayuda de otras fuerzas políticas y humanitarias, nunca se habría expresado sin el trabajo realizado por la Dirección Exterior. En esta tarea de honor le cupo una participación relevante a nuestra inolvidable compañera Beatriz Allende.

3. Indudablemente no he sido ni soy yo el depositario de dichos recursos aunque, por cierto, a mí me ha correspondido autorizar cada remesa. Nos hemos preocupado muy especialmente de que el mecanismo de remisión de estos ingresos no pudiera prestarse a dudas ni suspicacias. Ellos han sido enviados a través de las estructuras estrictamente orgánicas del Partido.

Queridas compañeras y compañeros:

Los siete criterios anteriormente mencionados han encontrado su con-

crecién en los siguientes logros; que expresan muy sucientamente los aspectos principales de la importante tarea realizada en el exterior:

Uno: La mantención de la integridad y cohesión del Partido.
En cifras ello se expresa en que a lo menos el 85 por ciento de los exiliados que militaban en el Partido antes del golpe reconocen y acatan la autoridad de nuestra Dirección Central. El Partido no ha estimado oportuno reclutar nuevos militantes en el exterior salvo en casos excepcionalísimos, no obstante ser numerosas las peticiones de admisión planteadas en distintos países.

Dos: La organización partidaria se ha volcado, con muy positivos resultados, a la materialización de incontables acciones destinadas a multiplicar y sostener el movimiento de solidaridad con Chile. La participación socialista en las diversas instancias de la solidaridad ha sido decisiva.

Tres: El Partido posee hoy día organización en 39 países, funcionando regularmente la mayoría de ellos.

A través de dicha organización, la Dirección central ha establecido una muy sólida red de relaciones, tanto con partidos del campo socialista y socialdemócratas de Europa Occidental como con organizaciones políticas de los países no alineados y movimientos y partidos progresistas y revolucionarios latinoamericanos.

Cuatro: Se ha producido una notoria elevación del nivel político del Partido. Un importante número de cuados han tenido la oportunidad de mejorar su preparación política y revolucionaria.

Cinco: El Partido ha logrado recaudar ingentes recursos, los que han sido enviados al interior.

Seis: El Partido ha tenido un rol decisivo en el funcionamiento de las instancias unitarias de la izquierda chilena, de la Unidad Popular y de innumerables organismos de solidaridad. En el caso de la Unidad Popular, quiero dejar expresa constancia de la enorme actividad realizada por su Secretario Ejecutivo, compañero Clodomiro Almeyda, quien al poco tiempo de ser liberado de la prisión asumió con gran espíritu de trabajo, de iniciativa, eficiencia y sentido unitario esas importantes tareas, elevando cualitativamente la presencia y coordinación de la Unidad Popular en el exterior.

Siete: Consideramos, por último, haber enriquecido el patrimonio teórico y político del Partido a través del análisis y profundización de diversos temas vinculados a la estrategia y táctica de la revolución nacional, a la caracterización del régimen político de la dictadura y de sus impli-

cancias socio-económicas, a la crítica y autocrítica de la experiencia pasada y de las debilidades y aciertos de la conducción revolucionaria.

No albergamos la vana pretensión de haber agotado tan vasta problemática, ni de haber dado respuestas definitivas a todos los cruciales interrogantes planteados. Pero, en la medida de nuestras posibilidades, hemos señalado énfasis y directivas metodológicas y temáticas sobre la base de las cuales resulta posible cimentar una actividad de teorización más rigurosa.

Siempre hemos partido de la premisa de que este esfuerzo debe ser la obra colectiva, en formas y grados diferenciados, de todo el Partido y una de las vias más promisarias para estimular el debate en torno a la elaboración de un Programa.

Señalamos por ello, una vez más, la necesidad ineludible de proseguir el estudio y la discusión orgánica de estas materias y otras conexas, a objeto de fundamentar nuestra función dirigente en una visión lúcida y coherente de la compleja realidad contemporánea.

Compañeras y compañeros asistentes a este Pleno Extraordinario de la Dirección Interior y Exterior del Partido:

El golpe de Estado del 11 de Septiembre de 1973 representa, a no dudarlo, la más grande fractura social, económica, política, institucional, cultural y moral de nuestro país, en casi ciento sesenta años de singular vida nacional independiente.

Como resultado de la traición de la cúspide golpista de las FF:AA., Chile ha quedado marginada de su propia evolución histórica, de la comunidad democrática internacional y profundamente quebrantado en la base misma de sus valores culturales y éticas e incluso gravemente comprometido en su seguridad como nación.

En las últimas semanas, sin ir más lejos, ha debido exhibir su debilidad para defender su soberanía territorial en la zona austral del país, firmemente avaladas por razones históricas y jurídicas no obstante que, paradojalmente, quienes tienen por función esencial esa salvaguardia ejercen el poder absoluto del Estado.

En razón de toda ella, la tarea de luchar y de derrotar al fascismo, de reconstruir nuestras grandes tradiciones cívicas y culturales, de restaurar el imperio de la justicia y la dignidad humana, de restablecer el curso ascendente de nuestra evolución histórica, es una tarea eminentemente patriótica y revolucionaria y de absoluta prioridad.

Es cierto que enfrentamos dificultades. Pero ello no es sino la con-

secuencia de haber sido perseguidos implacablemente por el terror reaccionario y de haber, pese a todo, resistido y perdurado para encabezar la lucha del pueblo, desde la primera hora. Ello constituye a la vez la clave de nuestra vigencia histórica y de nuestro ascendiente sobre las masas. De tal fuerza, de tales tradiciones, de tal ascendiente, no se podrá prescindir ni hoy ni mañana.

Así lo creemos firmemente. Por ello, si tuviéramos que resumir tan sólo en unas palabras lo más esencial de nuestra participación en la Secretaría General del Partido, diríamos que ha sido nuestro constante empeño por defender la personalidad, el perfil político, la vigencia y superación teórica y orgánica de ésto, en la convicción, hondamente arraigada, de que actuando así fortalecíamos el futuro de la revolución chilena.

No siempre encontramos en la Dirección que ahora pone término a sus funciones, plena comprensión. No atribuímos a nadie, sino a nosotros mismos, la responsabilidad de estas transitorias desinteligencias. Seguramente, como producto de nuestras propias limitaciones no logramos, a veces, concitar un apoyo a concepciones y planteamientos que estimamos correctos. En algunos aspectos cruciales del quehacer de estos años se produjo, en el seno de la Dirección, una suerte de polarización entre posiciones que recogían sólo parcialmente elementos de nuestro pensamiento, colocándonos en una situación de aislamiento que algunos han interpretado como un esfuerzo deliberado por constituirnos en árbitro de nuestro accionar político. Pienso, en cambio, que ella ocurrió porque no obstante que la mayor parte de las veces mis palabras encontraron una amplia acogida en el seno de la Dirección, cuando ellas debían traducirse en acciones políticas concretas cada quien enfatizaba tan sólo aquellos aspectos que, según su propia óptica, estimaba prioritarios. Así, por ejemplo, cuando se ha planteado el problema relativo a nuestras necesarias convergencias con la Democracia Cristiana en la perspectiva de una amplia lucha antifascista, algunos han acentuado tan sólo aquellas posiciones que he señalado como opuestas al alcance de dicha convergencia; otros en cambio han enfatizado tan sólo sus aspectos positivos olvidando que toda convergencia, todo acuerdo, toda política de acciones comunes, debe estar fundada en nuestro propio fortalecimiento, en la creación de nuestra propia fuerza como núcleo dirigente del pueblo y de la nación chilena y en la elaboración y agitación de nuestra propia propuesta socialista para Chile.

Igualmente, las discusiones y debates en torno a los problemas de la concepción y organización del Partido se han caracterizado por una aceptación diríamos formal, de mis planteamientos. Llegado el momento de darles concreción, algunos se han refugiado en mi permanente defensa de la democracia interna, en mi empeño por preservar la crítica y la creatividad del Partido, para aferrarse a prácticas orgánicas disolventes y anarquizantes y negar su apoyo a medidas esenciales de ordenamiento interno. Otros, en cambio, han recogido tan sólo mi condena a tales prácticas, para tratar de impulsar medidas de ca-

rácter puramente administrativas, no avaladas por la necesaria e indispensable discusión ideológica.

Pero nada de ello deja en mí afanes de reproche. Me siento, en último término - y lo digo desde lo más hondo de mi ser -, personalmente responsable por los errores cometidos y no pretendo transferirlos a nadie. Asumo dicha responsabilidad integralmente, frente a ustedes y frente a los militantes.

Aún más - si se me permite extenderme unos instantes en apreciaciones más bien personales - quiero expresar que estos siete años en la Secretaría Generai del Partido me han enriquecido, humana y políticamente. El contacto diario con nuestro maravilloso pueblo, que vivió con fe y pasión infinitas el el inicio del proceso revolucionario que encabezó nuestro Partido; el conocimiento personal más profundo de muchos valiosos compañeros; la adquisición de nuevas e inolvidables experiencias, incluso las más dolorosas. Todo ello ha reafirmado mi fe en el pueblo chileno y mi confianza indestructible en el futuro de nuestra Patria.

Por ello deseo agradecer a todos los militantes del Partido y, en especial, a cada uno de ustedes, miembros del Comité Central elegidos en nuestro último Congreso Ordinario de La Serena, por el trabajo realizado y el apoyo prestado a las tares de la Dirección.

Deseo también expresar —en nombre de todos los miembros del CC de La Serena— nuestro más vivo reconocimiento a la Dirección Interior del Partido y a quienes en ella han sucesivamente participado durante cuatro años, porque como siempre lo hemos expresado, ha mantenido la antorcha encendida del socialismo chileno, su continuidad histórica, la tradición de lucha del Partido y logrado, a pesar de las enormes dificultades, mejorar su pie orgánico y su nivel político. No me cabe la menor duda de que con la misma responsabilidad que han dirigido las tareas partidarias en Chile, los compañeros que hoy la representan aquí ejercerán el derecho que se les ha reconocido a participar en forma preponderante en las decisiones de este Pleno, con prudencia, espíritu unitario y sentido democrático.

También deseo manifestar mi reconocimiento a la importantísima labor cumplida por la Juventud Socialista en el exterior. De su capacidad de organización, de su fe y de su esfuerzo dependerá, en mucho, el futuro de nuestro Partido.

No podríamos, por otra parte, dejar de testimoniar nuestro agradecimiento sincero al compañero Adonis Sepúlveda, Subsecretario General del Partido, quien me acompañó en las tareas de dirección superior durante estos siete años. Actuó siempre con irreprochable lealtad al Partido y al Secretario General que habla, sin por ello dejar de plantear, con honestidad y pasión, sus propios criterios muchas veces —especialmente en el último tiempo—

discrepantes con los míos. En innumerables ocasiones asumió públicamente la defensa de posiciones que, sin duda, no compartía, dando estricto cumplimiento a las normas orgánicas que inspiran nuestra organización y un ejemplo que, equivocadamente, algunos no han sabido apreciar en su justo valor.

Deseamos además —en nombre de todos los dirigentes aquí reunidos— rendir el sentido homenaje de nuestro recuerdo a todos aquellos compañeros que, siendo miembros de nuestro Comité Central, no han podido hoy, por razones diversas, estar junto a nosotros. A Carlos Lazo, que aún permanece en las cárceles fascistas, dando un ejemplo de entereza; a Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos, heróicos dirigentes desaparecidos, que asumieron con enorme coraje y valentía la importante tarea de rearticular el Partido en la hora más dramática de su historia; a Eduardo Paredes, a Arsenio Poupin, Luis Norambuena, Víctor Zérega, Arnoldo Camú, caídos en combate, luchando contra la barbarie fascista en defensa de nuestros ideales.

Junto a los miembros del Comité Central del Partido fueron también ultimados centenas de militantes. Entre ellos queremos hoy recordar muy particularmente a José Tohá, noble compañero, socialista de una vida, hombre superior por sus grandes cualidades intelectuales y morales; a Orlando Letelier, inolvidable combatiente por la libertad de su pueblo y una de las más relevantes figuras del movimiento de solidaridad internacional; a Eduardo Charme, joven y heróico militante, que integró una de las direcciones clandestinas del Partido. En el homenaje a ellos queremos simbolizar nuestra emocionada gratitud a todos quienes asumieron con dignidad, con secuencia y lealtal sublime su compromiso revolucionario. No podríamos, sin embargo, concluir estas palabras de conmovido recuerdo sin expresar nuestra admiración más fervorosa por el comportamiento de nuestros simples y modestos militantes de base: obreros, campesinos, intelectuales, mineros, jóvenes profesionales, estudiantes, participantes desconocidos de nuestra gesta, que entregaron sus vidas anónimas y sacrificadas en aras de una causa que ya ha pasado a ser patrimonio universal. Nombres comunes, casi desconocidos; nombres chilenos, nombres patriotas, cuyos ecos sonoros se han apagado transitoriamente para que renazca en cambio, viva y fulgurante, la tradición de heroísmo y sacrificio, el espíritu combativo y revolucionario que constituye la sustancia y el ser del Partido Socialista de Chile.

Sin duda el rasgo más sobresaliente de las vibrantes páginas escritas por nuestro pueblo en esta hora de barbarie la representa la entereza, la dignidad y el coraje de la mujer chilena. Pensamos que sus grandes virtudes están diáfanamente simbolizadas: Tencha de Allende. Por esto, los socialistas la recordamos hoy aquí, con respeto e inmenso cariño y afecto.

Todos estos nombres, que son millares, se funden e identifican en uno, en el más grande de todos nosotros, en quien representó a un movimiento de millones de seres humanos, a un pueblo entero, a un continente esperanzado: nuestro querido "Compañero Presidente" Salvador Allende.

Rendimos también homenaje, en nombre del socialismo chileno, a los innumerables mártires del Partido Comunista, del MAPU, y del MAPU Obrero y Campesino,del Partido Radical, de la Izquierda Cristiana, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y a quienes, sin militar, también se incorporaron a la lucha, entre ellos nuestro leal e inolvidable camarada y amigo, Augusto Olivares. Todos ellos con sus muertes heróicas sembraron las semillas generosas de un luminoso porvenir.

Finalmente, en el marco de este Pleno histórico, estimamos imperioso una significativa evocación. El Partido Socialista de Chile otorga especial relieve a la memoria insigne de los innumerables uniformados, constitucionalistas y democráticos, que ofrendaron sus vidas para salvaguardar el honor y la dignidad de la nación chilena, en el instante de la traición institucionalizada.

Han muerto defendiendo las más puras tradiciones de nuestra Patria, en heróica consecuencia con los valores que le han otorgado a Chile un lugar en la historia universal: su voluntad libertaria y su vocación democrática.

Emergen desde su sacrificio, con la más alta estatura moral, como luminosa excepción en el negro historial del militarismo americano, proyectando así una poderosa toma de conciencia en el seno de las fuerzas armadas.

Ellos han constituído un glorioso destacamento de avanzada en la nueva ideología en los hombres de armas. Ideología que ha de generar una auténtica doctrina de defensa nacional y ha de impedir transformar a los militares en enemigos y verdugos de sus pueblos; que ha de servir de sostén de los principios democráticos que deben informar a los gobiernos de nuestras naciones y no de fundamento a sangrientos regímenes opresores; que ha de inspirar el ejercicio pleno de la soberanía nacional y no avalar los intereses del imperio extranjero; que, en definitiva, los ha de hacer partícipes en la construcción de una sociedad consagrada al progreso, a la justicia y a la paz y no en guardianes de privilegios y en gestores de guerra.

Algunos de sus nombres ya están registrados en el bronce de la historia. Grandes monumentos conmemorarán sus actitudes inmortales. Pero lo que es más importante, su recuerdo y su ejemplo están inscritos para siemrpe en el corazón agradecido del pueblo de Chile y será motivo de veneración de las generaciones futuras.

Honra y gloria para René Schneider, para Arturo Araya, para Alberto Bachelet, para Carlos Prats, asesinados por la reacción chilena.

Honra y gloria para los 62 marinos inicuamente condenados.

Honra y gloria para las decenas de oficiales y sub-oficiales de aviación torturados y encarcelados.

Honra y gloria para las centenas de oficiales, sub-oficiales y soldados del ejército que en una u otra forma han sido víctimas de la dictadura.

Ellos, los miembros de las Fuerzas Armadas que sellaron para siempre con su lealtad el compromiso con el destino soberano de Chile, anticipan la concurrencia del gran caudal liberador de nuestra Patria.

CAMARADAS:

Nuestro Partido está próximo a cumplir 45 años de vida.

El signo distintivo de su historia ha sido siempre su pasión revolucionaria; Espero que, más allá de los avatares de la lucha, de las victorias y de las derrotas, mi presencia en la Secretaría General haya contribuído a mantener esa tradición que es nuestra mayor herencia.

Nunca vacilamos, ni en los instantes más amargos y difíciles, por mantener viva y en alto las rojas y gloriosas banderas socialistas, por contribuir a que nuestros militantes sintiesen el orgullo de llevarlas y la dignidad de compartirlas con miles de voluntades de común inspiración.

Formulo votos fervorosos porque la nueva Dirección que aquí se elija, fortalezca nuestra tradición revolucionaria, acreciente nuestra capacidad de lucha, y nos conduzca por sendas de victoria.

VENCEREMOS!

Argel, marzo de 1978

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL CAMARADA CARLOS ALTAMIRANO CON MOTIVO DE LA CONMEMORACION DEL 45 ANIVERSARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Ciudad de México, 13 de Mayo de 1978.

El Partido Socialista de Chile cumple 45 años de vida. Hemos querido conferir a este aniversario una solemne significación. Por eso hemos decidido celebrar lo de Nuestra América, en la gloriosa y fraterna tierra de Hidalgo, Morelos, Juárez, Zapata y Cárdenas, tierra generosa y solidaria, donde han encontrado refugio miles de chilenos y latinoamericanos perseguidos por el oscurantismo, la barbarie y la tiranía.

Cumplimos 45 años de luchas.

Desde su fundación, en 1933, hasta nuestros días, el Partido ha constituído una pujante fuerza en ascenso que, salvo un período de abatimiento y confusión durante su adolescencia política, ha encarnado las aspiraciones más profundas de nuestro Pueblo, entregándole, simultáneamente, las indispensables herramientas políticas y orgánicas para su emancipación.

Durante estos 45 años y aún antes de su nacimiento, a través de la participación de sus fundadores en el fugaz pero luminoso episodio de la llamada "República Socialista", el Partido ha estado presente en cada expresión significativa de rebeldía popular y de exaltación de la conciencia nacional, democrática y revolucionaria. Por ello podemos afirmar sin exageración y con profundo orgullo, que su inquieta y apasionada búsqueda ha marcado con sello indeleble la etapa más rica y convulsionada de nuestro desarrollo nacional independiente.

No reconstituiré, por ser suficientemente conocido, lo que podríamos denominar el itinerario histórico del Partido.

Sólo me limitaré a señalar la afortunada conjunción, de la exigencia de liderazgo social y político en una época de profunda crisis, con su intuición certera de los grandes anhelos populares y la

visión penetrante de un destino nacional superior que, desde su nacimiento hasta hoy, sigue constituyendo la característica recurrente, la razón de ser del socialismo chileno.

El período que va desde la fundación de nuestro Partido, en Abril de 1933, hasta el golpe de Estado en Septiembre de 1973, constituye, sin duda alguna, la fase más dinámica de nuestro desarrollo como Nación, porque señala el advenimiento del pueblo de Chile al primer plano de la escena histórica. Durante estos cuatro agitados decenios nuestro Partido, junto al Partido Radical, al Partido Comunista y otras fuerzas democráticas, se transformó en uno de los principales impulsores del proceso de modernización y democratización de las estructuras fundamentales de la sociedad chilena y de su ordenamiento institucional.

En los años 30, en el marco dramático de la crisis mundial, el país entró en la historia contemporánea. El ascenso de las luchas obreras y de los sectores populares señaló el colapso definitivo de la sociedad aristocrática, quieta y patriarcal, conformada en el siglo XIX, sobre la base del pacto semi-colonial entre la oligarquía comercial-latifundista y el imperialismo inglés. La dinámica desatada por las fuerzas populares durante los años de crisis permitió, en 1938, bajo la presidencia de Pedro Aguirre Cerda, imprimir al desarrollo del país un rumbo congruente con los intereses de las grandes mayorías nacionales.

Las insuficiencias del intento —derivadas del débil liderazgo de la burguesía desarrollista y reflejadas en el carácter limitado de las transformaciones, no pueden llevar a desconocer el avance substancial que él significó, en términos de desarrollo industrial, diversificación de estructuras, democratización de la vida social y creación de las bases materiales e institucionales del Estado chileno moderno.

Después de un período caracterizado por el debilitamiento y aún por la división de las fuerzas de izquierda, tuvo lugar un nuevo auge en la lucha popular por los grandes objetivos nacionales, hasta entonces diferidos o traicionados.

Este nuevo impulso democrático y liberador tuvo nuevos protagonistas: la clase obrera urbana y minera, el proletariado rural, el campesinado pobre y la clase media radicalizada. Dichos sectores, organizados a partir de 1957, en una alianza política, bajo la dirección de los partidos obreros, se constituyeron paulatinamente en bloque alternativo al bloque burgués-oligárquico y lograron, después de sucesivos esfuerzos, dar vida a un proyecto político para disputar el poder a las clases dominantes y emprender un proceso

de hondas transformaciones democráticas y antiimperialistas, en la perspectiva histórica de la transición al socialismo.

Este nuevo impulso renovador no habría llegado a desafiar de modo tan drástico a las fuerzas conservadoras de no haber contado con un adecuado marco político a partir del cual fundamentar su unidad de acción y su coherencia programática. Tal función cumplió la línea política llamada "Frente de Trabajadores", propugnada por el Partido Socialista. Formulada a mediados de la década de los 50, dicha línea constituyó la respuesta del Partido a las frustrantes prácticas de colaboración de clases del Movimiento Popular con la burguesía desarrollista. Percibiendo la incapacidad de ésta para impulsar un desarrollo capitalista autónomo, ella asignó al proletariado, a la cabeza de una vasta alianza de clases subordinadas y explotadas la tarea de dirigir el proceso democrático y liberador.

La constitución de la Unidad Popular y el triunfo de esta coalición en 1970, pusieron de manifiesto el carácter esencialmente justo de dicha orientación estratégica, cual fue poner el énfasis en la autonomía política del Movimiento Popular. Pero no es posible desconocer que dichos aciertos estuvieron acompañados por interpretaciones restrictivas que, en la práctica de gobierno y en la áspera lucha por el poder, revelaría serias debilidades.

Lo cierto es que la victoria de 1970 constituyó la grandiosa culminación del arduo combate iniciado en 1933. Por ser dicha victoria el punto más alto de la "larga marcha" de las clases dominadas y explotadas hacia el poder del Estado, y del país hacia su liberación definitiva, resulta a todas luces evidente su diáfana relación de continuidad con los momentos más estelares de la Historia Patria. Por la razón estrictamente inversa, por constituir un golpe demoledor para las fuerzas patrióticas, democráticas y populares; por contrariar brutalmente esa aspiración secular del Pueblo de Chile a la libertad y a la justicia, es que la instauración fascista, más que una derrota terrible en la lucha por el poder y la temporal frustración de un proyecto revolucionario, constituye la negación más radical del sentido ascendente de la singular evolución histórica de la Nación Chilena.

Nuestro Partido, nacido al decir de Oscar Schnake, para "resumir las esperanzas y la fe del Pueblo...para hacer Historia dentro de Latinoamérica y de la Humanidad en días preñados de un futuro grandioso" ..., ha conocido momentos de supremo fervor revolucionario y noble impulso creador y momentos de derrota y extremo desaliento.

Entre los primeros, el triunfo de la Unidad Popular y de su

abanderado en 1970, constituyó, sin duda, el más resonante y preñado de posibilidades. Entre los últimos, la muerte gloriosa de Salvador Allende y de su pléyade de combatientes socialistas, primeras víctimas de la antipatria y la traición, fue el más duro y amargo.

Pero ni en medio del triunfo ni en medio de la adversidad, nuestro Partido jamás olvidó sus motivaciones iniciales: las de convocar y movilizar a las clases desposeídas a la lucha por sus derechos económicos y políticos de denunciar la explotación capitalista e imperialista y el servilismo oligárquico-burgués; de crear conciencia popular y nacional sobre verdaderas causas del retraso y la injusticia y de proponer como soluciones últimas, el logro de la Unidad del Pueblo y la realización de un Programa para la transformación social en dirección del socialismo.

Por esta fidelidad esencial a sus orígenes y a su legado histórico, el Partido Socialista se ha granjeado la confianza y la adhesión de vastos contingentes humanos, que han visto en él, no sólo al digno depositario de heróicas tradiciones de lucha, sino al Partido de la transformación social, de la democratización profunda de la vida política del país, de la ruptura de la dependencia y de la renovación espiritual y moral de la Nación.

Este ambicioso diseño político conoció su punto más álgido en 1970, con la elección del primer Presidente socialista en América. Entonces pareció que el esfuerzo de tantos años había culminado con el éxito; que se habían logrado reunir todos los requisitos orgánicos, políticos y programáticos para dar un impulso decisivo a la democratización de la economía y de la sociedad, en dirección de la autodeterminación nacional y del socialismo. La dramática situación creada durante 1972 y 1973 y la victoria contraofensiva de las clases dominantes, sellada con el sangriento golpe de Estado, dejarían de manifiesto las serias debilidades e insuficiencias de nuestro proyecto y de su implementación.

No por ello, el Pueblo de Chile y el Partido Socialista olvidarán, que junto a las demás fuerzas populares, protagonizaron el momento más estelar de nuestra Historia Patria, inscrito para siempre en los anales de las grandes luchas revolucionarias de nuestro siglo, como el primer intento de conquistar el poder político y de marchar al socialismo: en libertad, pluralismo y democracia.

De dicha experiencia magnífica y terrible, así como del combate sin cuartel contra la dictadura fascista emerge fortalecida, nuestra convicción de que el factor esencial en el avance del Movimiento Popular lo constituye el grado y amplitud de la unidad entre las fuerzas que se oponen a la regresión fascista y pugnan por la reanudación del curso democrático de nuestra singu-

lar evolución histórica.

La Unidad Popular, culminación de más de veinte años de un titánico empeño, constituye el pilar fundamental de la Unidad de todos los demócratas, antifascistas y antiimperialistas. Así como en el pasado inmediato ella interpretó y canalizó los difundidos anhelos de justicia y progreso del Pueblo de Chile, ella interpreta hoy su decidida voluntad de resistir y vencer a la tiranía.

Es cierto que dicha coalición política no está exenta de deficiencias. Pero la manera de enfrentar dichas deficiencias no consiste en postular —como lo han expresado algunas voces con sugestiva premura— que ella ha perdido justificación y deba simplemente autodisolverse. No es el apego a siglas ni la nostalgia del pasado lo que nos lleva a contrariar tales puntos de vista. Desde hace algún tiempo hemos venido insistiendo en la necesidad de reformular la concepción de la Unidad Popular, no para desahuciarla ni para cambiarle meramente de nombre, sino para readecuarla al objetivo prioritario de la hora presente, esto es: estimular la Unidad y convergencia de todas las fuerzas democráticas antidictatoriales y generar un vasto bloque de fuerzas políticas y de la cultura, en la perspectiva del socialismo.

La Unidad Popular debe buscar nuevas y superiores formas de integración de sus componentes, a objeto de llegar a constituir una alianza orgánica de fuerzas políticas, sociales e ideológicas con real representatividad en la vida del país.

En la histórica marcha hacia la Unidad del Pueblo hemos caminado en estrecha alianza con organizaciones políticas, representativas de diversas clases y estratos sociales y variadas motivaciones ideales. Tal ha sido el caso del Partido Comunista de Chile, colectividad a la que nos unen más de veinte años de arduos combates y leal cooperación. Es el caso también, del más que centenario Partido Radical, expresión de tendencias laicas y socialdemocráticas de avanzada y de jóvenes colectividades, como son el MAPU, el MAPU-OC y la Izquierda Cristiana, con todas las cuales nos ligan fraternales vínculos, forjados primero en la áspera contienda política y sellados, luego, en la lucha clandestina y en el exilio.

Cada una de ellas ha hecho una contribución imprescindible a la causa de la liberación de Chile. Por ello, a cada una, dirigimos hoy nuestro saludo más fraterno y solidario y nuestra firme decisión de preservar y profundizar aún más nuestra inclaudicable disposición unitaria.

En razón de sus características propias, nuestro Partido ha desempeñado un papel fundamental, como animador principal de esta constelación de fuerzas políticas, constelación auténticamente chilena y pluralista. Sin duda contribuyó a ello el hecho de que contáramos en nuestras filas con una figura tan descollante como la de Salvador Allende, capaz de inflamar con su palabra

vibrante a enormes muchedumbres y de transformarse en el vocero de la vida y de las esperanzas de todo un pueblo. Pero si el mensaje del Partido encontró en Salvador Allende su intérprete y abanderado más convincente, esto se debió no sólo a la férrea voluntad y a las relevantes condiciones de Allende, sino también a que él personificó un pensamiento y un estilo específicamente socialista. Así, uno y otro, constituyeron su mutuo e indispensable complemento, partes indisolubles de una rara y eficaz simbiosis, no siermpre apacible, pero siempre vital y creadora. Cabría preguntarse: ¿Cuáles son estas características singulares, que explican el arraigo de nuestro Partido, y más aún, que le permiten resurgir con renovados bríos y con un nuevo mensaje de lucha y esperanza, a pesar de los durísimos golpes recibidos?

Creemos que la respuesta a esta interrogante debe ser buscada en el origen mismo del Partido Socialista; en su capacidad siempre renovada para cambiar, para asimilar lo nuevo sin negar su esencia e identidad, para recrear sus profundos vínculos con la Nación y con el Pueblo.

Esta fidelidad a la intención de sus fundadores, enriquecida por la praxis política y la reflexión teórica, debe seguir constituyendo nuestro sello distintivo y la clave de nuestro arraigo en las masas.

El Partido fue creado no como un grupo de presión más, sino con la intención de transformarse en un gran partido nacional de la clse obrera; en la vanguardia revolucionaria del campesinado, de las capas medias de la ciudad y del campo, de la intelectualidad progresista, de la juventud y de las enormes masas discriminadas y marginadas por el capitalismo. Fue concebido, para romper las cadenas del atraso y la explotación, reformulando desde sus bases el orden social y sus valores morales. Fue y es un Partido con vocación de poder, firmemente identificado con los sentimientos democráticos y populares de la Nación Chilena, que ha buscado y busca expresar lo mejor de sus tradiciones, para proyectarlas hacia superiores objetivos de liberación y grandeza.

El Partido Socialista nació poseído por un auténtico y noble impulso internacionalista y latinoamericano

Al proclamarse latinoamericanista, el Partido no ha hecho sino recoger e incorporar a sus motivaciones esenciales una rica tradición histórica de nuestro pueblo. Este, desde los días gloriosos de la guerra por la independencia, comprendió la relación estrecha que existía entre la lucha contra la dominación extranjera y el indispensable fortalecimiento de vínculos con los otros pueblos hermanos, en proceso de emancipación.

Es esta tradición internacionalista de la Nación chilena —consagrada en los campos de batalla de Chacabuco, Maipú, Callao y Ayacucho, la que nuestro Partido ha hecho suya y desea proyectar hacia la segunda y definitiva independencia americana.

Pero si como parte integrante de la Nación chilena hemos nacido empapados en una tradición secular de apoyo a las luchas nacionales de emancipación —comenzando con Perú y concluyendo con Cuba—, como Partido Revolucionario de la clase obrera y del Pueblo de Chile hemos actualizado dicha tradición, insuflándole nuevos contenidos. Es por eso que hemos manifestado nuestra solidaridad a diferentes movimientos y procesos en los que, con distintos matices y orientaciones, hemos visualizado una común aspiración libertaria y democrática: un vínculo auténtico con el ideal redentor de Bolívar, San Martín, O´Higgins, Juárez y Martí:

Como Partido Socialista siempre valoramos la extraordinaria significación de la Revolución Mexicana, convertida, bajo el liderazgo de Cárdenas, en máxima expresión de la conciencia antiimperialista de América. Por lo mismo expresamos nuestra encendida solidaridad con la gesta libertaria de César Augusto Sandino y con sus combativos herederos de hoy. Como Partido también entregamos nuestro apoyo a la Revolución Boliviana, como una primera revolución nacionalista y agraria en América del Sur y manifestamos nuestro respaldo desinteresado a movimientos nacional-popularistas que, como el varguismo en Brasil y el peronismo en Argentina, pugnaban por abrir nuevos senderos de justicia y progreso.

Desde sus inicios, hemos estado invariablemente junto a la Revolución Cubana, primera revolución socialista en el hemisferio occidental. Con ellos no sólo nos hicimos eco de la enorme simpatía que la legendaria gesta de los revolucionarios de Cuba, encontraba en nuestro pueblo. Además, valoramos en esta gesta y en sus luminosas conquistas una nueva calidad en el proceso emancipador, una síntesis superior en la empresa transformadora, liberadora y democrática, el comienzo de una nueva etapa en la materialización del sueño bolivariano, adaptado a las condiciones históricas contemporáneas.

Como Partido Socialista hemos saludado y apoyado decididamente procesos antiimperialistas iniciados bajo liderazgo militar; en Bolivia con el General Torres y en Perú con el General Velasco Alvarado, como expresiones auténticas de renovación y afirmación nacional.

Hemos apoyado y seguiremos apoyando las luchas de Panamá por romper sus ataduras de dominación y recuperar su dignidad y su patrimonio. Hemos apoyado ardientemente y lo seguiremos haciendo, al pueblo hermano de Puerto Rico, en su sagrada causa por la independencia nacional. Hemos expresado nuestra resuelta solidaridad con nuevos estados, como Guyana y Jamaica que, junto con incorporarse a la corriente histórica de nuestra lucha, dan sus primeros pasos en la construcción de sociedades libres.

En épocas recientes, el Partido ha hecho suyo el empeño de movimientos revolucionarios y de coaliciones democráticas antiimperialistas que en Argentina, Bolivia, Brasil, Guatemala, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, luchan

contra dictaduras sangrientas, contrarias a las aspiraciones más fundamentales de sus pueblos. Estamos plenamente conscientes de que nuestra solidaridad con estas fuerzas no está ni ha estado a la altura de nuestras tradiciones nacionales y partidarias y de nuestras posibilidades actuales. Su fortalecimiento —por tanto— constituye una necesidad imperiosa en el marco de la gran causa de la unidad y emancipación Latinoamericana.

Más de alguien se preguntará: ¿qué puede haber de consecuente en una conducta aparentemente tan contradictoria, que implica apoyar y solidarizarse con movimientos, coaliciones, procesos y gobiernos de tan diversa factura ideológica e intencionalidad política, como son —por ejemplo— el nacionalismo antiimperialista de Perú durante Velasco Alvarado; la lucha heróica del Che Guevara y Camilo Torres en Bolivia y Colombia; los Montoneros en Argentina y el Frente Amplio en Uruguay?

La respuesta es una y simple. El Partido Socialista de Chile nunca se ha guiado en la expresión de su solidaridad, por un espíritu pequeño y calculador. Su capacidad para identificar el sustrato progresista, popular y liberador, en fuerzas políticas y sociales tan disímiles, se halla en los propios orígenes de nuestro Partido; en su condición de vanguardia obrera, nacional, popular y revolucionaria, características presentes en muchas de estas fuerzas, y en su compromiso irrenunciable con el proyecto de transformar América Latina en una gran comunidad de naciones, hermanadas en la Historia, en la cultura y en una titánica empresa colectiva de liberación humana y transformación social.

Este objetivo de crear una gran comunidad de pueblos latinoamericanos, se halla inscrito en nuestras banderas y en nuestra declaración de principios. El se expresa hoy en la orientación de los socialistas de Chile, encaminada a crear los requisitos políticos y económicos de una específica "opción latinoamericana", que haga sentir la presencia de nuestro continente en las relaciones internacionales y cautele sus intereses, sin odiosos tutelajes ni dominaciones.

Es en virtud de esta orientación, bolivariana y socialista, que nuestro Partido ha apoyado los esfuerzos de integración económica continental y señalado sus debilidades y correctivos. Por lo mismo, apoyó y sigue apoyando la idea matriz del Pacto Andino y condena como irresponsable, antipatriótica y antilatinoamericana, la decisión del régimen fascista de desconocer los compromisos contraídos por nuestro país.

En estricta correspondencia con estas orientaciones cardinales, el Partido apoya todo esfuerzo tendiente a crear instituciones "propiamente latinoamericanas", designadas a romper los vínculos de la dependencia y la imposición imperialista en el plano económico, político, financiero, tecnológico y sobre todo, militar.

El Partido se declara partícipe y promotor activo en el esfuerzo continental por la coordinación y concertación de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas, en defensa de la libertad y la independencia de nuestra América y del patrimonio espiritual y material de sus pueblos.

Por todo lo anterior, no es el nuestro un internacionalismo restrictivo, que supedite la solidaridad a estrictas coincidencias ideológicas y programáticas. Es, por el contrario, un internacionalismo amplio y generoso, abierto a fuerzas con diversas inspiraciones filosóficas y doctrinarias, siempre y cuando demuestren en los hechos su adhesión a los altos objetivos mencionados, líneas directrices de un superior destino americano.

Por todo lo anterior, nuestra vocación latinoamericanista, lejos de ser una simple etiqueta, constituye un componente esencial de nuestra particular idiosincracia revolucionaria. Es la forma específica en que sentimos, expresamos y practicamos nuestra concepción internacionalista, en el ámbito, también específico, de Latinoamérica. Esta vocación no nos ha impedido —sin embargo— comprender las luchas y aspiraciones de otros pueblos de otros continentes ni de ser comprendidos por ellos. Representa una forma orgánica de unir nuestros intereses nacionales con nuestros deberes internacionalistas para con las fuerzas mundiales que luchan por la paz, el progreso, la liberación nacional y el socialismo.

Así se explican las cordiales relaciones de apoyo y comprensión mutua que nos unen con los países de la comunidad socialista, en especial con la URSS y la RDA; con los países líderes del Movimiento de No Alienados, como Argelia, Yugoslavia y Vietnam; con los movimientos de liberación nacional de Angola, Guinea Bissau y Mozambique;con la Organización de Liberación de Palestina.

Por otra parte, ha contribuído también a mantener y aumentar el ascendiente del Partido Socialista, la permanente y sobria cautela de su independencia conceptual y orgánica. Jamás hemos pertenecido a ninguna organización internacional.

Esta posición autónoma del Partido ha encontrado su expresión en cuestiones cardinales del acontecer histórico, así por ejemplo: en su afirmación sobre la diversidad de vías y formas en la lucha por la transformación democrática y socialista de la sociedad; en la defensa de la plena independencia de las vanguardias obreras y revolucionarias para elaborar sus líneas políticas; en sus enfoques, todavía preliminares, sobre la concepción de Partido y las relaciones entre Partido y proyecto social.

En el origen de estas definiciones fundamentales priva una actitud básica que rechaza, como igualmente nocivos, el particularismo subjetivista y la generalización mecanicista con rasgos de integrismo doctrinario. El Partido

busca articular dialécticamente el momento de lo singular con el momento de lo universal en el desarrollo histórico.

Concibe al marxismo y al leninismo, no como cuerpos doctrinales fosilizados, sino como guías para la reflexión crítica y la acción transformadora y como tales, abiertos a su verificación y perfeccionamiento, no sólo por la práctica social, sino también por el aporte de otras importantísimas contribuciones teóricas.

En virtud de esta opción —nada fácil— por la autonomía política y conceptual, hecha desde posiciones de compromiso activo con las fuerzas que están por el socialismo, es que nuestro Partido ha podido realizar, con plena libertad de análisis, la crítica de graves deformaciones surgidas en el proceso de construcción socialista y aportes originales a la interpretación de nuestro propio proceso histórico, entre los cuales cabe destacar su definición del carácter estratégico socialista de la Revolución Chilena y Latinoamericana. Gracias a esta actitud de "independencia comprometida", fuimos los primeros en plantear el carácter dependiente y limitado de nuestro proceso de desarrollo capitalista y a partir de ello, derivamos una conclusión que hasta hoy constituye uno de los aspectos medulares de nuestra línea política: la de que, en ausencia de una clase burguesa autónoma y verdaderamente hegemónica, con un proyecto propio y coherente para un desarrollo nacional independiente, corresponde al proletariado a la cabeza de un vasto conglomerado de clases explotadas y dominadas, a cometer las transformaciones democráticas y antiimperialista de base y, a través de un proceso ininterrumpido, de afirmación como clase dirigente nacional, crear las condiciones políticas e institucionales para efectuar la transición al socialismo.

Compañeros y amigos:

Este 45 aniversario, que hoy celebramos, sorprende al Partido en el término de una fase crucial de recuperación, después de los durísimos reveses sufridos durante el golpe de Estado y los tres primeros años de terror fascista. Este proceso de reafirmación y desarrollo orgánico y político ha llegado a un punto decisivo de consolidación, en el Pleno Extraordinario celebrado en la capital de Argelia, en el pasado mes de Marzo.

El puede, en lo esencial, ser caracterizado por la firme reconstitución de las estructuras de dirección clandestina en el interior del país, por la reimplantación del Partido en los principales frentes de lucha antidictatorial y por la notable elevación de su capacidad conductora y de su influencia en las masas.

Paralelamente a estos impresionantes logros en el interior, el Partido ha perfeccionado sus estructuras externas: ha elevado su nivel de actividad en la movilización de la solidaridad mundial contra la Junta Fascista, ha apoyado a los combatientes del Interior con ingentes recursos y establecido un amplio sistema de relaciones internacionales con Partidos y Gobiernos de Países So-

cialistas, de Países Capitalistas y con Movimientos de Liberación Nacional y Gobiernos Revolucionarios de varios continentes.

En medio de este enorme esfuerzo, el Partido ha debido sostener, tanto en el interior como en el exterior de Chile, una dura lucha ideológica contra desviaciones "izquierdistas" y "oportunistas de derecha" y en defensa de su "identidad política". Como consecuencia de esta lucha ideológica el Partido ha salido fortalecido en torno a una línea política coherente, producto de una manifiesta convergencia entre el Interior y el Exterior. Gracias a estos espectaculares avances, el Partido no sólo ha salvado exitosamente graves escollos que disminuían la eficacia de su actividad, sino que ha creado las condiciones iniciales que han de permitirle convertirse en auténtica vanguardia revolucionaria, unitaria de masas.

No por chovinismo partidario, sino por una honesta convicción, estimamos que el éxito del empeño antifascista depende, en medida importantísima, de que el Partido sea capaz de transformarse en una real fuerza dirigente del pueblo de Chile y de actualizar su cometido histórico, cual es el de representar e interpretar a las clases y grupos objetivamente interesados en la transformación de la sociedad; trazándole una perspectiva de lucha, a la vez que ambiciosamente concebida, sólidamente enraizada en nuestra experiencia como pueblo y como Nación.

De aquí la importancia crucial de lo que hemos venido en denominar una "Propuesta Socialista para Chile" que, entre otros objetivos esenciales, está el de ir dando respuestas —no necesariamente definitivas— a cuestiones ques están en el meollo del debate político contemporáneo: las relaciones entre democracia y socialismo; entre pensamiento cristiano y pensamiento marxista; entre transformación social, hegemonía política y carácter del Estado; por no mencionar sino algunas de las más importantes.

Para nosotros resulta claro que dicha Propuesta, aunque planteada y patrocinada por nuestro Partido, no debe limitarse a ser una "alternativa de socialistas para socialistas".

Esta premisa no obedece —por cierto— a una concepción táctica. Ella es, en sustancia, consistente con nuestro explícito reconocimiento de la existencia de diversas fuerzas políticas representativas del Pueblo Chileno, todas necesarias en la búsqueda de respuestas a sus problemas fundamentales y con nuestro rechazo a toda concepción restrictiva, que pretenda arrogarse la exclusividad de la representación obrera y del rol revolucionario.

Por ello, nuestra Propuesta supone un gran proceso de creación colectiva, de todas las fuerzas sociales, políticas, intelectuales y morales que, aún no teniendo ideas socialistas, sientan agudamente la necesidad de liberar al hombre y a la mujer de la explotación y de la alienación, y se encuentren

comprometidas con el superior destino de Chile y de su Pueblo, en definitiva, factor principal y destinatario esencial de esta interpelación profundamente patriótica, democrática y humanista.

Compañeros:

La existencia de un Partido Socialista revitalizado orgánica y conceptualmente; transformado en fuerza conductora de las clases trabajadoras y de la Nación chilena; la constitución de una coalición popular amplia, representativa y unitaria, con creciente aptitud hegemónica; una clase obrera con vocación y capacidad de clase dirigente; he aquí los factores decisivos del éxito en el combate antidictatorial y en la determinación del rumbo posterior a la caída del fascismo.

Esta Propuesta no la planteamos divorciada de las urgencias actuales de la lucha. Por el contrario, la entendemos como una necesidad imperiosa del combate, pero considerado éste con perspectiva histórica.

Dos son, a nuestro juicio, las hipótesis de trabajo fundamentales a considerar en la formulación de dicha propuesta. La primera, que ya hemos mencionado en otros documentos: no olvidar nuestra peculiaridad nacional, consistente en un desfase histórico entre una estructura económica atrasada y una superestructura política y civil relativamente avanzada, semejante a la de países europeos, sin ignorar los efectos del radical reajuste intentado por el fascismo.

De esta hipótesis de trabajo no deben extraerse conclusiones precipitadas que impliquen la adopción mecánica de "soluciones europeas" mal asimiladas. A este respecto, hemos expresado la opinión de los socialistas en relación a los intentos de dar consistencia a una "alternativa centrista" de inspiración social-demócrata, como respuesta y recambio al régimen fascista. Creemos que dicho intento carece de viabilidad real, no sólo ni principalmente por estar inserto en un diseño estratégico imperialista, sino por su clara artificialidad y por estar basado en una interpretación básicamente distorcionada de las tendencias estructurales de la sociedad chilena. —La segunda hipótesis dice relación de la necesidad, por decirlo así, de buscar las raíces americanas de nuestro proyecto histórico. Se trata, de llenar un vacío persistente en nuestros planteamientos, proveniente de no conocer a cabalidad la historia de nuestro continente en sus aspectos más relevantes. En otras palabras, se trata de recoger y asimilar, científica y críticamente, lo que de valioso poseen experiencias y movimientos sociales, aparentemente tan disímiles, y fenómenos de tanta trascendencia, como son —por una parte— la evolución extraordinariamente positiva observable en importantísimos sectores cristianos y, por otra, el entronizamiento de una ideología militar, brutalmente regresiva, antipopular y antinacional.

Sólo acercándonos a la experiencia americana —incluyendo la del pue-

blo Norteamericano— sin prejuicios, estaremos en situación de constituirnos en promotores eficaces de la Unidad de nuestros pueblos y de contribuir al necesario e impostergable diálogo entre las diversas fuerzas democráticas y revolucionarias del continente.

Además, la Propuesta Socialista deberá buscar, con imaginación y rigor, soluciones a los problemas fundamentales de Chile, de modo que ellas guarden continuidad esencial con nuestras tradiciones y desarrollo histórico. El Partido Socialista y el Movimiento Popular tienen la obligación de retomar el hilo central de dicho desarrollo, brutalmente cortado por la irrupción del fascismo. De aquí se deriva la necesidad insoslayable de combatir con decisión el intento del fascismo y de la reacción por presentarse como guardianes de nuestros valores nacionales; de desenmascarar sus designios impúdicos de mixtificar el contenido de nuestra historia, para justficar su empresa criminal, antidemocrática y antinacional.

Debemos restablecer el verdadero sentido y dimensión de nuestros grandes hechos nacionales. Por ello debemos rescatar de esta empresa de mixtificación reaccionaria la figura de Portales, el organizador del Estado de Derecho, el político que con mayor perspicacia y decisión puso —a comienzos del siglo pasado— término al caudillismo militar, estableció el gobierno impersonal, basado en el cumplimiento de la ley y echó las bases orgánicas y conceptuales de nuestro ordenamiento institucional.

La obra de Portales, expresada en una adaptación original de los principios de la democracia burguesa europea a las condiciones del Chile post-colonial, no puede ser reducida —como lo quiere el interés reaccionario y fascista— a la simple imposición del orden y la autoridad como fines únicos y últimos.

Portales, en un sentido específico, dio unidad y coherencia a una realidad política y todavía difusa y convirtió la sola virtualidad surgida de la gesta emancipadora en actualidad orgánica. Fue el audaz inspirador de un orden social que, aunque limitado, en cuanto inscrito en el marco de la dominación, oligárquica —terrateniente, contribuyó a organizar el Estado, y por esta vía, a consolidar la naciente República y la Nación chilena. Sólo a través de esta indispensable rectificación podremos establecer la continuidad entre la empresa portaliana de construcción de un Estado y de fortalecimiento de una Nación y la gesta balmacedista de afirmación y defensa de los intereses de esa Nación, vulnerados por el imperialismo extranjero.

Sólo de esa manera estaremos en condiciones de desenmascarar al fascismo y al autoritarismo militar, como intrínsecamente contrarios al espíritu portaliano, no sólo por transgredir el juramento de obediencia al poder civil constituido —elemento clave de la concepción portaliana—, sino por convertir al Estado en instrumento de debilitamiento de la Nación, en mero gen-

darme y ejecutor de la voluntad de caudillos militares al servicio de intereses minoritarios y extranjeros.

Por lo mismo, también, debemos rescatar el significado profundo de la experiencia del Gobierno presidido por Salvador Allende, como una auténtica emanación de la Historia Patria, como un intento, si bien incompleto y frustrado, indiscutiblemente fecundo y afincado en nuestras mejores tradiciones y valores, destinado a cristalizar los grandes objetivos históricos de O'Higgins, Portales y Balmaceda: construir un Chile fuerte, pacífico, progresista, independiente y solidario.

El fascismo, sí que constituye la ruptura violenta con la continuidad de la conciencia histórica de Chile. Más aún: es el fascismo el que amenaza con vulnerar, tal vez de manera irreversible, la obra de casi dos siglos de construcción de una Nación, hasta ayer admirada por su civilidad, por el carácter específico y original de sus soluciones institucionales, por su estimulante clima cultural, por su hondo apego a la libertad y al progreso. Gracias a la obra nefasta del fascismo, Chile ha pasado a ser símbolo siniestro de todo aquello que ofende a la razón y a los sentimientos humanitarios más elementales.

Después de haber sido uno de los países que constituía una referencia necesaria para el resto de Latinoamérica —más que por su dimensión física, por sus dimensiones morales, culturales y políticas — ha pasado a ser un país empobrecido material y espiritualmente, con respecto al cual, incluso otras tiranías bárbaras y sangrientas, buscan establecer distancias.

Pero si enorme es la responsabilidad de la dictadura en el aplastamiento del impulso creador de la Nación, en el avallasamiento del país por los grandes centros de decisión imperialista; en la destrucción irracional, inhumana y antipatriótica de su patrimonio cultural y científico; en el sacrificio de sus expectativas de desarrollo económico y progreso social en el altar de intereses antinacionales y espúreos, su responsabilidad en la creación de una situación de extremo aislamiento y de extrema vulnerabilidad, es simplemente monstruosa.

Jamás, en todo el transcurso de la Historia Patria, nos habíamos encontrado en presencia de un régimen que, pese a haber nacido bajo la divisa de proteger la seguridad de la Nación, la impugne de manera más radical por sus concepciones y por sus actos; de un régimen que, de modo más palmario que el fascista, demuestre una carencia de aptitudes tan brutal para cautelar los intereses históricos fundamentales del Estado y la Nación chilena. Por si faltaran evidencias de lo que estamos afirmando, bastaría con señalar la forma débil e incompetente con que el régimen ha enfrentado el conflicto limítrofe con la oprobiosa dictadura argentina, con evidente peligro para los legítimos derechos de Chile en la región austral de América. Ciertamente, frente a estas delicadas cuestiones, no estamos preconizando como método el de

responder a las bravatas belicistas y al chovinismo con más bravatas y con un chovinismo redoblado. Como socialistas nacimos defendiendo la unidad y la hermandad latinoamericana y por ello repudiamos toda actitud tendiente a exacerbar los regionalismos, las divisiones y las querellas entre los pueblos.

Más aún: siempre hemos creído y seguimos creyendo que diferencias como las que separan a Chile y a Argentina en relación a materias limítrofes, deben ser resueltas pacíficamente, con estricta sujeción a derecho, sobre la base del respeto escrupuloso a los acuerdos y tratados convenidos y de una indesmentible disposición a proteger valores trascendentes, vinculados al común origen y destino de nuestras naciones.

En razón del grave deterioro que ha ocasionado a la unidad de la Nación y por hallarse Pinochet, destituído de toda legitimidad internacional, está incapacitado para dirimir conflictos con países limítrofes, desde posiciones consecuentes, solventes dignas.

Por esto y por su conducción irresponsable en materia de tan decisiva importancia para el interés nacional y para la faz del continente, su manutención en el poder constituye una terrible amenza que no puede ser subestimada por las fuerzas democráticas y patrióticas del país.

La posición del Partido Socialista es clara y terminante. Como Partido profundamente patriótico y nacional, se pronuncia por la defensa serena y firme de los intereses históricos de Chile, con estricta sujeción a derecho.

Conscientes de que ello es imposible con la simultánea permanencia de la dictadura, llamamos a todas las fuerzas democráticas y de verdadera inspiración patriótica, a redoblar los esfuerzos por llegar a un acuerdo político que acelere la caída del régimen y cree condiciones para el restablecimiento de la vida democrática y para la salvaguardia de la dignidad y soberanía del país.

El régimen liderizado por Pinochet, esto es, la dictadura fascista de la burguesía monopólica, en su variante más autoritaria y terrorista, ha entrado en una fase final de agudización de sus contradicciones. Naturalmente resulta aún prematuro hablar de una crisis abierta y, más injustificado aún vaticinar, junto con el término previsible del gobierno pinochetista, el fin del régimen militar. Pero de lo que a estas alturas no cabe duda es que el dominio de la actual camarilla gobernante,concentrada en torno al tirano, es cada vez más precario y menos monolítico; que la frustración social generalizada y los conflictos a ella asociados han permeado las estructuras superiores del poder; que han surgido y se desarrollan aceleradamente los elementos que conllevan a su debilitamiento y a su forzoso reemplazo.

Tres constituyen a juicio de nuestro Partido, las causas principales de

este gravísimo deterioro: —En primer lugar, la lucha y resistencia heróica del pueblo de Chile que, guiado por sus vanguardias, no se ha dejado avasallar, a pesar del terror y la violencia sin límites desatados en su contra.

— El segundo factor lo constituye la situación de absoluto aislamiento internacional en que se encuentra el régimen como consecuencia de su política de represión y exterminio, de sus métodos repugnantes e inhumanos, y, en medida no despreciable, de la actividad del Movimiento Popular en el estímulo y canalización de la solidaridad internacional.

— Un tercer factor fundamental, debe ser buscado en los nuevos planteamientos del Gobierno Norteamericano, orientados a resguardar sus intereses estratégicos, puestos en serio riesgo por regímenes pretorianos brutalmente represivos, que no ofrecen perspectiva alguna de respaldo, a largo plazo, a su política en América Latina.

Ello está exigiendo a la potencia hegemónica presionar a dichos regímenes, forzándolos a adoptar formas que permitan un mejor afianzamiento de la viabilidad estratégica del esquema de dominación. Esta evolución de los centros dirigentes del imperialismo explica los anuncios de "democratización" hechos casi simultáneamente por numerosas dictaduras del continente.

Consecuentes con estos factores básicos existen otros concomitantes. Desde luego, está la grave situación diplomático-militar creada en nuestras fronteras sur y nor-oriental, como consecuencia de la nefasta política internacional de la dictadura.

A lo anterior ha venido a sumarse el efecto producido por las revelaciones de la justicia norteamericana en torno a la participación de esbirros de la dictadura en el asesinato vil y cobarde de nuestro inolvidable compañero Orlando Letelier. La sangre del valeroso militante socialista ha caído con la fuerza de un latigazo sobre sus asesinos intelectuales, el principal, Augusto Pinochet, exponiendo al desnudo, frente al mundo civilizado, su miseria moral y su insana determinación aniquiladora.

Todos estos elementos configuran una situación compleja y difícil que ha obligado a la dictadura a incurrir en importantes concesiones tácticas y maniobras diversionistas. Tal es el caso de la farsa plebicitaria de Febrero, en respuesta a la condena abrumadora de las Naciones Unidas; de la promulgación de una amnistía fraudulenta, que más que beneficiar a la oposición democrática constituye una autoabsolución de los crímenes cometidos por los sicarios fascistas; de la reorganización de un gobierno con presencia civil, para camuflar la naturaleza del poder dictatorial; y del ofrecimiento presurado de un rápido retorno al "mundo feliz" de la "democracia autoritaria".

Todo ello habla muy claro de la conciencia que el propio dictador tie-

ne con respecto a la erosión de su base de apoyo interno y externo y de cómo está dispuesto a debatirse como fiera acorralada, intuyendo que ha comenzado una lucha de vida o muerte por su supervivencia. No es extraño que así sea. No tiene alternativa. Como en el drama de Shakespeare, el déspota perseguido por la imagen de sus víctimas y por los sobrevivientes a su furia asesina, presiente el fin ineluctable del poder conquistado a traición.

Habiendo comenzado la cuenta regresiva del gobierno de Pinochet, no es sorprendente que empiecen a perfilarse las opciones estratégicas de recambio visualizadas por el imperialismo y sus interlocutores nativos.

No cabe duda, de que las preferencias actuales de los centros de poder político económico y militar de los Estados Unidos y de la gran burguesía monopólica, se inclinen por el reemplazo del régimen militar, con algún maquillaje civilista democrático. Por otra parte, todo indica que la opción preferencial de los círculos dirigentes de la República Federal Alemana, apunta al establecimiento de una alianza entre sectores no fascistas, pero decididamente procapitalistas y anticomunistas de las FF.AA., con una coalición de fuerzas políticas —excluídos los partidos populares y obreros— centristas, hegemonizada por la D.C., a falta de un poderoso partido social-demócrata.

Para nadie resulta un misterio que el requisito fundamental de credibilidad de esta alternativa excluyente, lo constituiría la existencia de un Movimiento Popular, presuntamente debilitado y carente de alternativa propia, dispuesto a asumir "su parte de compromiso", a través de la aceptación de un pacto social y político que contribuya a asegurar la subsistencia del régimen capitalista, a cambio de la posibilidad de insertarse en el orden postfascista.

Los socialistas hemos sido claros en nuestros planteamientos. No nos mueve un ciego afán revanchista, inspirado en el resentimiento, ni una obstinación irracional, basada en estereotipos doctrinarios.

Por encima de todo ponemos los intereses de Chile y de su Pueblo. Por lo mismo no cejaremos en nuestro empeño de lograr la más vasta unidad de los patriotas y demócratas chilenos, civiles y militares. Pero no para establecer y legitimar un régimen autoritario, con fachada de "democracia social", bajo la caución del militarismo reaccionario y del imperialismo, sino para derrotar al fascismo, para extirpar sus raíces y secuelas y materializar así, una alternativa verdaderamente nacional, amplia y popular, que garantice la defensa consecuente de los intereses superiores de Chile, el acceso a formas cada vez más elevadas de democracia económica y política y el logro de la más plena soberanía y seguridad de la Nación. De lo anteriormente expresado, resulta clara la magnitud enorme de la responsabilidad que recae sobre todas las fuerzas democráticas y populares, en especial, sobre el Partido Socialista y sobre el Partido Demócrata Cristiano, en tanto organizacio-

nes políticas de fundamental importamcia para la resolución de la gravísima crisis que afronta el país y aún más, para la supervivencia misma de la Nación chilena, al menos, con las características que le dieran autoridad y prestigio internacional en el pasado.

Ciertamente, cada partido tiene su propia interpretación de las causas de la crisis actual, así como sus propias concepciones acerca de los medios y objetivos del desarrollo nacional. Pero la experiencia del pasado y la responsabilidad que nos cabe por el futuro de Chile, imponen a las colectividades democráticas un esfuerzo supremo de entendimiento político y de acción conjunta.

Dicho esfuerzo debe estar orientado fundamentalmente a precisar áreas de concenso, sobre las cuales fundamentar una política de acciones comunes contra la dictadura, a hacer posible un fructífero diálogo entre todas las fuerzas antifascistas y, simultáneamente, ir abriendo paso a la Renovación Democrática del país. Esta es la única solución real a la crisis; la única forma de anticipar el término de la dictadura; el único camino para evitar nuevas regresiones; la única alternativa que posibilitará el reencuentro de Chile con su Historia.

Deseo concluir estas palabras de conmemoración de nuestro 45 aniversario, con algunas expresiones de cálido y fraternal saludo y homenaje.

Dirijo, en primer lugar, un saludo caluroso y entusiasta a nuestros compañeros del Partido en el interior de Chile y especialmente a nuestros heróicos combatientes de la primera línea, sólidamente agrupados en torno a la Dirección Central del Partido en la clandestinidad. Saludo en ellos a los dignos depositarios de las tradiciones y glorias partidarias, y en los compañeros del Comité Central que los dirigen, a los sucesores de Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos.

Saludamos fraternal y combativamente a los partidos aliados de la Unidad Popular, a los cuales nos une una común inspiración patriótica y libertaria. Ante sus dirigentes aquí presentes, reafirmamos nuestra profunda vocación unitaria, nuestra decisión inquebrantable de luchar junto a ellos por el triunfo de la democracia y la justicia en nuestra Patria.

Rendimos un homenaje a nuestros héroes y mártires, de ahora y siempre, caídos en el combate anifascista y por el socialismo, así como a los héroes de los demás partidos de la Unidad Popular y del MIR, hermanados todos en la lealtad al Pueblo y en un sublime ejemplo de generoso idealismo.

En la figura de Salvador Allende, nuestro recordado fundador y máxima figura, rendimos a todos ellos el tributo solemne de nuestro recuerdo. Honor y gloria para José Tohá, Eduardo Paredes, Arnoldo Camú, Arsenio

Poupin, Víctor Zérega, Luis Norambuena, Freddy Taverna, Reinaldo Posek, Eduardo Charme y tantos otros.

Saludamos —además— a todas las fuerzas democráticas y revolucionarias de América Latina y del Caribe que en toda la extensión de nuestro continente combaten por la liberación y felicidad de nuestros Pueblos.

Saludamos también a las fuerzas revolucionarias y democráticas de todos los países y continentes y agradecemos con emoción las múltiples expresiones de apoyo a nuestra justa causa.

Rendimos un homenaje fraterno y caluroso al gran pueblo mexicano y a su Gobierno. En su actitud comprometida y solidaria con los demócratas de Chile y de otros países hermanos, perseguidos por feroces y espúreas tiranías, vemos una esencial consecuencia con las honrosas tradiciones de esta tierra generosa y con el honor, tantas veces pisoteado, de nuestra América.

Enviamos, finalmente, un saludo vibrante, de confianza y de lucha, al heróico Pueblo de Chile.

En este 45 aniversario renovamos solemnemente el compromiso de Grove, Matte, Schnake, González y Allende, sellado con sangre de socialistas, de combatir sin descanso a las fuerzas de la regresión y de conquistar para nuestra Patria un porvenir de dignidad y grandeza.

VENCEREMOS

Edición de 1 500 ejemplares, a cargo de Danilo Bertulin F. Impreso en *Offset Caya* Miravalle 618, Col. Portales, México, D. F.

DEPARTAMENTO DE DIFUSION Y PROPAGANDA
PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE
MEXICO